

AMD, 91, 3, 1

Tribuna abierta

Miguel Delibes y el dolor

Julio-Félix HERNANDO ALVAREZ

Es la de Miguel Delibes una personalidad dolorosamente hipersensible. Es el dolor humano —no el físico, sino el moral— el eje en torno al cual gira su obra entera. Son sus personajes, salvo raras excepciones, que aun al propio autor sorprenden, seres incompletos, como el Vizconde Demediado de Italo Calvino, en busca de una plenitud que constantemente es negada. Los Quijotes delibesianos no tienen su contrapunto en ningún Sancho Panza.

Esta característica de los personajes de Delibes, de origen temperamental, se ve modulada a lo largo de la vida y de la obra del autor.

En una primera etapa de su vida intelectual, dedicado al periodismo, se señala por una actividad que pudiere parecer lo más apartada del sentimiento doloroso: la caricatura humorística. No olvidemos, sin embargo, que, como atinadamente indicó Kierkegaard, a menudo, tras la arlequinesca máscara, se ocultan las lágrimas.

La primera gran obra de De-

libes, «La sombra del ciprés es alargada», ensaya una salida para el dolor. El protagonista no sigue la vida que se le indica del «contemptus mundi», desprecio por su fugacidad, de los bienes del mundo; antes bien, se recrea en su propio dolor. Ni se queda, como el sabio estoico, con la inmutable paz del alma, ni, al modo barroco y unamuniano, crea objetividades a partir de grandes voliciones. Como el pastor Nemoroso, de la primera égloga de Garcilaso, asume el dolor como tesoro único, exclamando «No me podrán quitar

el dolorido / sentir, si ya del todo / primero no me quitan el sentido».

Es toda la obra de Delibes un desfile de seres abocados a la infelicidad y, lo que es más grave, sin ni tan siquiera la esperanza trascendente. El orbe de Miguel Delibes no es, como el de Jorge Manrique «camino / para el otro, qu'es morada sin pensar». El mundo de Delibes es un mundo, en cierto modo, vacío y angustioso, hostil para el que lo habita. Este desesperanzado sentir existencial se muestra más cru-

damente en «La parábola del naufrago». Una realidad alucinante e incomprensible, con atisbos de «El Proceso» y «Metamorfosis» de Franz Kafka, condena a la degradación más absoluta al ser humano.

¿Desemboca Delibes en el nihilismo de Kafka? ¿Profesó una lógica del absurdo, que implique la antinomia entre persona y mundo? ¿Es, en fin, la suya una actitud atormentada? No nos parece así. El suyo no es tanto un rechazo del mundo y del hombre como de la sociedad moderna, que ahoga la indivi-

dualidad entre las mallas de la tupida red de producción.

A Miguel Delibes le preocupa, sobre todo, el hombre como individuo, encuadrándolo en tres coordenadas: un nombre, una manía y un camino.

El rechazo a la despersonalización humana del siglo XX encuentra su salida en el ámbito rural, que, sin embargo, está constantemente acechado por la amenaza del mundo urbano. Es Delibes; por su enmarcamiento histórico y sus circunstancias personales, testigo de excepción del despoblamiento de los pueblos castellanos (recuérdese «El disputado voto del señor Cayo»). Aletea en la obra de Delibes aquel espíritu horaciano del «Beatus ille qui procul negotiis» o, en traducción del vate salmantino fray Luis de León, «Dichoso el que de pleitos alejado, / cual los del tiempo antiguo; / labra sus heredades, no obligado / al logro enemigo». Esta preocupación de Miguel Delibes por la naturaleza, allí donde el hombre se encuentra a sí mismo, le hace, hoy, tremendamente actual.

PARA el 98, Castilla fue una metafísica. La decadencia social y política y la pérdida de las últimas colonias indujeron en la pequeña burguesía ilustrada la nostalgia imperial, que se manifestó en la creación de aquella ontología: el centro volvía a tener entidad. Proceso lógico de sublimación. Cuando las potencias europeas se adentraban con fruición por los mercados coloniales, España decía adiós a los últimos vestigios de su imperio. Por supuesto: Castilla fue también una mina literaria virgen, un paisaje *extraño* a la tradición literaria española. En cierto modo, representó la nacionalización del exotismo modernista. Fue, pues, un paisaje nuevo, pero asimismo una epifanía: Unamuno encontraba el *ser* de España en el paisaje de Gredos, y Azorín, aunque más oblicuo, lo detectaba en los pueblos castellanos, mudos testigos del paso del tiempo. No le faltó, con todo, a este último una línea social más o menos soterrada, que afloraría de manera espléndida en las páginas mayores de «La Andalucía trágica». Cuando Antonio Machado se acogió a la boga castellanista, las preocupaciones sociales, típicas del regeneracionismo, hallaron también acogida en sus versos. Pero la metafísica moldeó asimismo, inevitablemente, su visión: «Tierra de alma», «...tierras tristes, / tan tristes que tienen alma!», escribía en *Campos de Castilla*.

Lejos de las preocupaciones ontológicas, Miguel Delibes lleva ya bastantes años acercándose al campo y al paisaje castellano. En el autor de *Las ratas*, la metafísica ha cedido el puesto a la antropología. Su perspectiva se ha integrado además en un sistema conceptual coherente, que lo ha situado a mucha distancia de todo ruralismo idealizador. Delibes ha sabido orillar y, al hacerlo, ha saltado por encima de la trampa del reaccionarismo, que acecha tanto a los temas rurales. Igualmente reaccionarios, preciso, son el naturalismo como el bucolismo a ultranza, aunque éste pueda revestirse hoy de disfraz ecologista. (Sacado de ciertos límites, el ecologismo es una impostura.) La visión castellana de Miguel Delibes se incardina de modo funcional en su defensa de los marginados y en su crítica de los riesgos a que conduce el abuso de la tecnificación. Quienes han tratado de proyectar sobre el escritor las sombras del anacronismo, no se han percatado de la modernidad (o posmodernidad, en la acepción rigurosa del término) de su pensamiento.

Castilla habla es una obra apasionante, tan apasionante como entrañable, sobre los problemas de la gran región. Delibes va al encuentro de labradores, molineros, capadores, galleros, pastores, buscadores de setas, caracoleros, cazadores, alfareros, pescadores de cangrejos, piñeros, gentes, en fin, de los más variados oficios —a veces ya extraños—, para dialogar con ellas y oír de sus labios las cuestiones que las acucian. Habla aquí Castilla en un sentido literal: el escritor divide el libro en capítulos dedicados a cada uno de los oficios y los estructura a su vez en dos registros bien distintos: el del expositor y glosador del cronista y el del monólogo, a cargo de los personajes a quienes el autor se ha aproximado. De la conjugación de ambos modos surge un texto de enorme autenticidad. Con



El libro de la semana

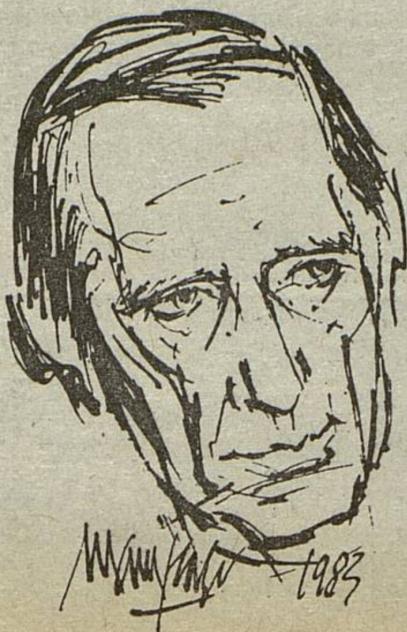
CASTILLA HABLA

MIGUEL DELIBES

Ediciones Destino, Barcelona, 1986. 187 págs.

su maestría habitual, el autor recrea ejemplarmente el habla de esos personajes, de forma que las cuestiones suscitadas se invisten de una cálida, profunda verdad.

En el breve pero sustancioso prólogo, Delibes precisa esta intención de raíz que verte-



bra estas páginas: «Las voces aparentemente elementales de un pastor, un caracolero, unos modestos labradores... —escribe— apuntan con frecuencia sabiamente a los ancestrales problemas de Castilla y León: sequía, pobreza del suelo, individualismo, despoblación, envejecimiento, contaminación, abandono oficial, desconfianza...» Existe una confesada finalidad práctica, ya que el autor ha querido ir más allá del «simple pasatiempo», pues de los monólogos, dice, «pueden sacarse provechosas enseñanzas, primer paso para plantearnos con sinceridad y conocimiento de causa el futuro de esta región a partir de la incorporación de España a Europa». El resultado es este «libro vivo», que no es un informe ni una novela, pero que posee la eficacia de los datos, muy ricos, y la hondura poética que la sabiduría del escritor consigue inyectarle.

Este último punto resulta capital para todo juicio fundado sobre *Castilla habla*. El tono, expositivo o de glosa, del cronista se mantiene uniforme a lo largo del libro, fruto del calculado equilibrio entre el afán de objetividad y la cordialidad solidaria. Aunque él procura mantenerse en un segundo plano, esta actitud del cronista modula con segura eficacia toda la obra. La limpieza, la precisión de la prosa de Delibes, su riqueza léxica, brillan aquí pese a o por la contención que el escritor muestra. Pero, como ya he apuntado, la clave del texto reside en los monólogos. El hablante excepcional alcanza logros magníficos. La «sencillez» aparente de los monólogos puede engañar acerca del auténtico trabajo de reelaboración llevado a cabo por el autor. Es claro que no se trata de transcripciones magnetofónicas, sino de *montajes*,

donde el instinto y la pericia del novelista han seleccionado los elementos fundamentales y ajustado el discurso hasta hacerlo verosímil literariamente, sin perjuicio de res-

petar la riqueza verbal originaria de los monólogos.

Acabo de hablar de la pericia del novelista: en efecto, así es, pues no nos encontramos sólo ante una cuestión de habilidad verbal, sino ante una labor de indagación, de penetración en el interior de los personajes. Valga, por ejemplo, el capítulo «El Calvario de Aledo», en el que el protagonista, Ciriaco Sedano, relata su papel de Cristo en las representaciones de la Pasión que tienen aún lugar en ese pueblo: «... peor todavía es cuando vas tranquilamente con la cruz y los *judíos* tiran de atrás. En esos casos se pasa mal, la verdad. Y eso que los *judíos* de ahora no son como los de antes, dónde va a parar, ni pensarlo, que, por mi parte, ya en plan sacrificio, pegarían mucho más...» Pese a su brevedad, la cita permite captar la densidad de sustancias que el novelista sabe aportar al monólogo, con el insinuado juego de teatralidad y verdad. El cierre de este capítulo es particularmente delicioso, con la visión del niño de siete años que llora ante la *crucifixión* del cristo y el comentario de uno de los presentes: «A ver, natural, ¿qué quiere que haga la criatura? Al fin y al cabo es su tío.»

Hay además otro aspecto que conviene mencionar y al que ya he aludido. Es la rareza de bastantes de los tipos o costumbres que desfilan por estas páginas: las oreanas —recogedoras de oro—, los caracoleros, los capadores, los galleros, los palomeros... Oficios arcaicos en las sociedades posindustriales, su detallada presentación en un contexto reconocible y hasta cierto punto familiar, cual es el campo castellano, funciona como recurso *extrañador* de primer orden: llama la atención del lector, que se siente atraído por un mundo tan distante y, sin embargo, real en la medida en que lo son el paisaje y los hábitos lingüísticos de los personajes, tan vivos en su habla.

El escritor traza así una amplia galería de criaturas que nos transmiten sus problemas, inquietudes y observaciones sobre su inmediata realidad. La suma de puntos de vista acaba creando un universo, el de esta Castilla rural, plagada de insuficiencias, castigada por la sequía y la falta de recursos, que afronta un futuro incierto, pero que también ha sabido preservar a lo largo de los siglos ciertas verdades terrestres, ciertos usos y formas dignos de pervivir. Como dice el «hippy» Miguel (cap. IX): «Además hay otra cosa. Rica o pobre, en estos pueblos había una cultura, ¿no?: Aperos, faenas, costumbres, palabras... Y todo esto, para mí, es muy importante. Se mire como se mire, esto es una herencia que hay que conservar...»

Por esta órbita discurre también el pensamiento de Miguel Delibes, que rinde en *Castilla habla* un bellissimo y certero homenaje de amor a su tierra nativa, además de dar un aldabonazo en la conciencia del lector y muy en especial, creo, en la de aquellos que están llamados a tomar las decisiones correspondientes sobre el porvenir de la región germinal de España.

Miguel GARCIA-POSADA

Hace años, cuando este periódico se editaba en el viejo inmueble sobre cuyo solar se levanta el actual, se recibió la visita de un técnico británico especialista en rotativas. Estaba interesado en conocer la vieja máquina que aún funcionaba y de la que había tenido noticias por algún conducto. En el curso de una charla en la Redacción y puesto que, según manifestara, acababa de hacer un recorrido por diversas regiones españolas, surgió la pregunta de qué es lo que más le había impresionado, interesado o sorprendido de España. El inglés apenas se tomó unos segundos para pensarlo. Con un elocuente ademán de sus manos, respondió: «Esto que ustedes llaman Castilla. Es lo que más me ha impresionado»... Opinión coincidente en cierto modo con la del escritor soviético Ehreburg, quien, en uno de sus libros, escribió: «No conozco nada tan severo, tan majestuoso, como el paisaje de Castilla».

Sobre Castilla se ha escrito mucho, por parte de autores españoles —comprendidos los propios castellanos— como de extranjeros, de manera que los testimonios legados son tan numerosos como elocuentes. La infinita variedad de sugerencias que por la grandeza y características de su paisaje, la singularidad de muchas de sus costumbres y el talante —a base de una idiosincrasia de perfiles muy definidos— de sus gentes ha inspirado Castilla a lo largo de los años, se han visto luego reflejados en una diversidad de opiniones difícilmente abarcable. Pero quien de manera más profunda, más veraz y más brillante ha interpretado a Castilla es sin duda Miguel Delibes. En, posiblemente, ninguno de esos autores se ha dado la lucidez y la profundidad que concurren en el caso de este escritor, cuya visión de Castilla y de su problemática humana ha quedado expresada no sólo en sus libros dedicados especialmente al tema, comprendidos artículos periodísticos, sino a lo largo y en el contenido de sus novelas, en las que de manera preferente esta tierra se convierte en el escenario en el que viven sus personajes, y del que a la vez forman parte en una perfecta y sorprendente simbiosis. En

LA REALIDAD DRAMÁTICA DE LA CASTILLA DE HOY

Miguel
Delibes
Castilla
habla

Ediciones
Destino

81



contadas novelas españolas y nunca de manera más definitiva que en este caso, se ha logrado una conjunción y una conjugación más elocuente, más viva, más vitalista —en lo que esto comporta de capacidad creadora— como en la narrativa del escritor vallisoletano. En base, todo ello, a una interpretación fiel, rigurosa, lejos de todo halago y en ningún momento servil o interesada, sino, contrariamente, absolutamente analítica, por encima —o como consecuencia, quizá— del amor y la fidelidad del escritor a su tierra.

Buena prueba de cuanto decimos es el libro que acaba de aparecer, «Castilla habla», obra en la que Delibes nos ofrece sus, posiblemente, mejores páginas sobre el paisaje, el acontecer humano y las circuns-

tancias socioeconómicas de esta tierra, tan apasionante, tan peculiar en su modo de ser y de estar y tan dramática también.

En «Castilla habla» ofrece su autor una serie de momentos en los que de manera directa, pisando la tierra sobre la que escribe, interrogando o escuchando a sus gentes y analizando los hechos y vicisitudes que la atenta mirada del escritor capta con lucidez sorprendente, muestra cuanto el medio rural presenta en los más diversos aspectos hasta componer un cuadro completo, vasto fresco a base de un paisaje, unas gentes y una problemática viva y cercana. Estamos ante uno de esos libros, nada frecuentes por cierto, que una vez iniciada la lectura, ésta se hace tan apasionante, que es difícil dejarlo de la

mano. Delibes procede a una recreación de cuanto ha visto, observado y fue asimilando en el curso de su vida en relación con un medio al que se siente abocado intelectual y sentimentalmente, fijando todo ello en el momento presente y en las circunstancias que determinan a los personajes, vivos o inventados, que da lo mismo porque todos, tanto los imaginados como los reales, están sorprendentemente vivos. No se trata de esa visión más o menos literaria de Castilla al uso de tantos comentaristas o analistas —aunque la carga literaria, en el más puro sentido, y como luego veremos, se da— sino un libro testimonial, en el que se da fe, sin acritud, pero con valentía; sin reservas, sino, por el contrario, con absoluta honestidad, de la problemática que afecta en el presente al viejo territorio castellano-leonés, generador de pueblos, creador de naciones y que hoy «se nos muestra achacoso, mal comunicado, pagano de un incipiente desarrollo...». Nada escapa en «Castilla habla» a la mirada y a la sensibilidad del escritor, de manera que la variedad de temas que se pulsan es tan amplia como elocuente, tanto en lo que se refiere a la tierra, como a los hombres, de los que se habla y a los que se deja hablar en el degranar del rosario de sus cuñas, tan justas y tan testimoniales. El duro y sugestivo paisaje castellano; los hombres recios, enriquecidos por la filosofía de la vida pulsada día a día durante milenios; las villas y pueblos en una orografía que más que mostrar, no obstante su singularidad en este sentido, sugiere; y una austeridad que parece consustancial con el medio y con el espíritu que le impregna, quedan reflejados en estas páginas magistrales; páginas que invitan al deleite en la forma, y a la meditación por su contenido.

No es preciso señalar que la prosa admirable, de un estilo del mejor temple, habitual en la obra de Delibes, y que aquí alcanza la mayor expresividad, constituye otro de los alicientes que libro tan importante ofrece.

(Ediciones Destino, 178 págs)

CASANOVA

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

Alcaraz- 27-XI-86

letras



Un libro del que en dos semanas se han vendido diez mil ejemplares

MIGUEL DELIBES: «Castilla habla» es la voz trágica de mi tierra»

Durante años, Miguel Delibes alternaba sus actividades literarias con continuas salidas al campo castellano, visitaba pueblos, hablaba con sus gentes... Surgieron numerosas notas, apuntes, recuerdos, y por encima de todo, el espíritu de aquella Castilla la Vieja, hoy Castilla-León, que pugna por lanzar la voz de alarma. «Castilla habla», publicado hace dos semanas, intenta alertar al país y a los políticos de la situación actual de esta tierra, porque expone la realidad y los personajes, verídicos todos ellos, de esta región.» Miguel Delibes habla de esa Castilla que le vio nacer, donde ha vivido y ha echado sus raíces. Castilla es, en «Castilla habla», una preocupación que surge del cúmulo de problemas que plantean los personajes, el campo, la vida rural.

«He volcado todo mi amor y preocupación por Castilla, tierra muy querida para mí. Por eso, a lo largo de muchos años me he dedicado a recoger el testimonio de hombres y mujeres preocupados por los problemas de su región y los he plasmado en el libro. Y no es que no me preocupe por el resto de España, es que éste es el tema que tengo más a mano.»

«Castilla —dice Delibes— es una región germinal, depauperada. Expongo en el libro todo lo que dicen los personajes, pero ni siquiera me atrevo a dar la solución, creo que eso es deber de otros.»

«Castilla en crisis»

—¿Qué aspectos toca de la realidad castellana?

—Son muchos los temas de los que hablan los personajes. Falta de industria, agricultura poco competitiva frente al Mercado Común, pueblos abandonados o habitados sólo por viejos y una falta total de asesoramiento por carecer de una mente lúcida que pueda dar soluciones o al menos consejos a estos castellanos que quieren sacar su tierra adelante y no saben cómo hacerlo.

Cómo no, también surge el problema de los jóvenes que

■ «He volcado todo mi amor y preocupación por Castilla a través de testimonios de hombres y mujeres preocupados por su región»

■ «No es un ensayo ni tampoco una novela. Es un libro vivo con personajes y escenarios reales»

huyen de estas tierras, el paro, o la dureza del trabajo de algunos que se han quedado; por ejemplo en Santa María del Campo (Burgos) hablo con un joven agricultor que me cuenta cómo la incorporación al girasol, mucho más apetecido por el Mercado Común, es mucho más rentable que el cereal.

También toco aspectos curiosos, bueno yo no, los personajes que hablan. Por ejemplo, esas profesiones, hoy muy raras, que han desaparecido o están a punto de desaparecer, como la de caracolero, afilador, molinero, o una ya desaparecida como las oreanas, del Bierzo, que estuvieron hasta hace cinco lustros buscando

oro en el Sil. Profesiones todas ellas menesterosas a las que muchos castellanos acudieron debido a la pobreza de la región. Delibes habla de su libro con una devoción manifiesta. Se explaya contando curiosidades de su tierra. Esa tierra que lleva tan dentro cuenta a través de él sus angustias. «El libro tiene éxito. Hasta el momento se han vendido 10.000 ejemplares, lo que es una buena cifra, si tenemos en cuenta que lleva dos semanas en la calle.»

«Ni ensayo ni novela»

—¿En qué género se podría encuadrar este libro: ensayo, novela, reportaje periodístico?

—No sé por qué se busca

siempre encuadrar los libros en determinados géneros, éste no se puede encuadrar en ninguno. No es un ensayo, pero tampoco es una novela. Es un libro vivo, con personajes y escenarios reales. Los pueblos y los personajes aparecen con nombres y apellidos.

Desde luego, el texto participa de la narración y del periodismo, para intentar transmitir al lector las condiciones objetivas en las que se encuentra la región.

Traslado las voces de estos campesinos con coherencia, y verosimilitud, sin traicionar la realidad. Se podría tachar de sociológica y antropológica, mi literatura es mucho más negra de aquella que pintaban los autores del 98. Castilla, tantas veces retratada en las novelas de Delibes, es ahora objeto de protesta, aunque el escritor recalca: «Yo sólo me he dedicado a exponer los hechos, sin ánimo de buscar ningún tipo de hostilidad. Pero eso sí, para alertar a aquellos que pueden ayudar a sobrevivir esta tierra con tantos problemas.»

Milagros ALGABA

Foto: MARTIN BARRERA



Castilla, tantas veces retratada en las novelas de Delibes, es ahora objeto de protesta, aunque el escritor recalca: «Yo sólo me he dedicado a exponer los hechos»

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

COLABORACION

Delibes ventrílocuo

RAMON GARCIA

Dicen los viejos manuales de ventriloquía que el arte máximo de quien practica esta rara habilidad no está tanto en que se note o no se note que es él quien habla, cuanto en que las voces que imita sean auténticas, propias e inconfundibles de los personajes a los que el artista presta la palabra.

Miguel Delibes acaba de publicar un nuevo libro con el título de «Castilla habla» y, efectivamente, es la voz de Castilla y de sus gentes la que nos suena al leerlo. Si en toda su obra, y particularmente en su novelística, Delibes hace gala de ese singular ventriloquismo literario con que un día definiera Umbral su habilidad para poner voces, en este reciente manual de miniensayos costumbristas, nuestro escritor practica un auténtico ejercicio de virtuosismo en la materia, registrando en el libro, como si de un magnetofón se tratara, las voces, tonos y cadencias de un pastor de ovejas, de un capador de cerdos, de un piñero, de un cepero, de un canaricultor, de un alimañero o de un abad trapense. Viejos oficios todos ellos —si el de abad puede calificarse de tal—, y cuyas opiniones nos suenan, por ello mismo, a sentencias de la más honda sapiencia popular.

He empleado más arriba la palabra magnetofón para reflejar la justeza con que Delibes recoge y reproduce las voces de las gentes de Castilla, pero la metáfora no vale. Y no vale, en primer lugar, porque como diría Nini, el niño sabio de «Las ratas» —sería también un idóneo personaje de este nuevo libro— «eso es inventado»; y en segundo lugar porque lo que Delibes consigue en los enjundiosos monólogos de sus crónicas no es el eco fiel pero distanciador de lo que sus confi-

denes piensan y dicen, sino la recreación verosímil de una forma de pensamiento y de lenguaje que hace que esa forma de pensar y de hablar se convierta en paradigmática. Cuando hablan, por boca o pluma de Delibes, Gregorio Rodríguez, el sedanés recogedor de caracoles, el capador Salvador de la Viuda o el pastor de ovejas Augusto Fernández, la pasmosa habilidad del cronista para recrear timbres propios en cada caso y crear verosimilitudes intransferibles hacen que sean los pastores, capadores y caracoleros que en el mundo han sido —y que ya apenas son— quienes estén monologando de tú a tú con el lector.

Permítanme transcribir un párrafo del pastor de ovejas: «Un día, en esa mirada indicial que echamos de mañana los pastores, vi un bulto raro agazapado tras un carrasco y me dije: "Mira, mira donde anda el lobo". Le voceo, oiga, y que no se mueve; vuelvo a vocearle y lo mismo. ¿Sabe qué tuve que hacer? Echar un juramento, ¿qué le parece? "¡Me cago en tal!, ¿qué haces ahí?" —le voceé. Y entonces sí, se arrancó ladera arriba tal cual si fuera una persona, que si no me pongo así, como de mala leche, hablando en castellano, yo creo que todavía está aguardando».

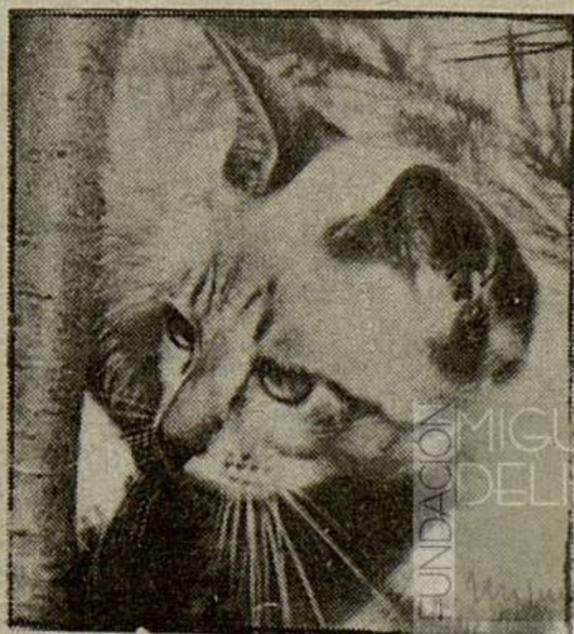
Todo es aquí perfecto. No, auténtico: nada disuena, así tienen que hablar los pastores cuando cuentan su aventura con el lobo, de ninguna otra forma. Mil pastores —¡qué digo mil, ¿cuántos quedan en los páramos castellanos?!— emplearían mil parlamentos distintos, naturalmente, pero los mil contarían el lance como lo cuenta Delibes. Cada uno a su manera, pero así. Ese «¿sabe lo que tuve que hacer? ¡Echar un

juramento!», encierra toda la fuerza y la rotundidad de lo apodíptico, de la sentencia irremplazable.

Pero «Castilla habla», el reciente libro de Miguel Delibes, encierra mucho más que este magistral ejercicio de imitar voces: a través de lo que los personajes cuentan, «de los monólogos de estos supervivientes de un éxodo aún inconcluso —como escribe el propio Delibes en el prólogo— pueden sacarse provechosas enseñanzas, primer paso para plantearnos con sinceridad y conocimiento de causa el futuro de esta región...».

Y puede sacarse también otra conclusión al escuchar a estos practicantes de viejos oficios: que ellos, como tantos otros personajes de ficción de las novelas de Delibes, siguen empeñados en esa noble batalla —¿casi perdida?— de establecer las relaciones hombre-naturaleza en un plano de concordia.

«Castilla habla», en definitiva, es un libro de hermosos y doloridos monólogos lanzados al viento para ser escuchados por todos y respondidos por quien corresponda. Lo que nadie podrá decir es que quienes hablan no hablan claro. Delibes les ha puesto voz, con esto está dicho todo.



MD

6
A B e

20-XI-86

Las est

LIBRO



Miguel Delibes

Con la contención y la riqueza que le caracterizan, Miguel Delibes ha puesto de nuevo en pie la voz auténtica de labradores, pastores o piñeros castellanos y ha publicado «Castilla habla», una galería de criaturas que nos transmiten los problemas de su universo rural

FESTIVAL

Una doble proyección



«Castilla habla», de Miguel Delibes

1.º EL PASADO Y EL PRESENTE

El último libro de Miguel Delibes tiene para mí una característica esencial que lo hace más próximo, desde la concreción de sus temas, a una sensibilidad derivada de un conocimiento profundo de los mismos. Mi trabajo profesional durante más de veinte años me ha obligado, hasta hace unos meses, a un contacto inmediato y directo con la realidad rural de la provincia. He de confesar que, al contrario que mi admirado Delibes, no tenía especial predilección por el campo y por sus habitantes, a los que conocía sólo como referencia sociológica o literaria. Me gusta la ciudad, la gran ciudad y el abanico de opciones que puede presentar. Por eso la imbricación de un trabajo diario, inmediatísimo y continuo con los habitantes de los pueblos, supuso una puesta al día y un enriquecimiento en todos los órdenes que aquí, públicamente quiero agradecerles.

Por ello ante este testimonio, que enlaza con el conjunto de la obra delibiana, me considero lector privilegiado y puedo detectar toda la serie de matices preciosos que a lo mejor se escapan a otro tipo de lectura. Claro está que el libro, no sólo es apasionante desde su sencillez, sino también dotado de una amenidad que continuará a buen seguro el general éxito de la obra de Miguel. Pero hay que anotar que es mucho más complejo de lo que parece y que la estructura global del mismo plantea una serie de problemas, tan antiguos como el tiempo en que nació la lucha entre la naturaleza y el progreso, entre lo real del presente y la proyección del futuro. «Castilla habla» es un continuo zig zag entre el sentimiento y la razón, como de hecho en una lectura adecuada ocurría en las anteriores novelas de Delibes. Aquí personajes, oficios y costumbres que, supervivientes más o menos individualizados expresan, son vistos por Miguel con amor sí, pero también con la certidumbre de que son ya reminiscencias de un tiempo pasado y que jamás volverá, no sabemos si afortunada o desgraciadamente, a repetirse. Es como si el deseo del escritor de inmortalizar con su pluma estos saberes y decires, luchara contra el peso de la historia que los hace ejemplos y no puntos de partida. La melancolía de los testimonios, la referencia a unas técnicas o a unas formas artesanales e intransferibles, nos hablan de personalidad, pero también de imposibilidad en la continuidad o incluso en la permanencia. Y en esto Delibes, eludiendo cualquier paternalismo es suficientemente explícito.

Hay en estos testimonios, en estos personajes una visión de futuro importante. Algunos de ellos la proyectan desde su propia experiencia, en otros casos surge desde la global fluencia de las palabras. La concentración parcelaria, las máquinas pueden haber perjudicado la caza o incluso la pesca del cangrejo, pero también han dicho adiós a ese otro rostro del trabajo de sol a sol y de era a era, y han humanizado la propia existencia de la gente del campo desde unas perspectivas de vida mucho más humanas y asequibles. Incluso el despoblamiento de tantos pueblos como

los del norte de Burgos, son vistos por el escritor, más como una reminiscencia poética, que como un dolor genérico y asumido. Es el signo de los tiempos, parece decir Miguel Delibes a través de lo que dicen sus testigos; y la belleza perdida es, no puede ser otra cosa en general, que una nostalgia.

Miguel Delibes ama el tiempo que fue, las costumbres, los decires, esas palabras que parecen arcaicas, llenas de eufonía y de gracia, pero tampoco, pienso, quisiera que volvieran. Su mirada es lo suficientemente aguda para detectar esa transformación, todavía no rematada, pero imparabla desde el propio transcurso del tiempo. Yo me atrevo personalmente, y sin la menor duda a testimoniar que de veinte años a esta parte todo ha cambiado en la vida rural castellana, y hoy se proyecta ésta con otra autenticidad, quizás menos enraizada, pero más abierta al futuro y desde una posible mayor felicidad, si es que esta palabra existe, de los hombres que hacen de la tierra su vida y la nuestra al mismo tiempo.

2. CASTILLA Y SU REALIDAD

Yo he hablado con gentes parecidas, algunas casi gemelas, de las que surgen de las páginas del libro. He contemplado a estas personas, no desde la poética de una conversación aislada, sino de la relación laboral, con implicaciones económicas contrastadas, con tensiones que en algunas ocasiones se rompían abruptamente. A pesar de ello coincido plenamente con Miguel en eso que significa la autenticidad, que tampoco quiere confundirse con la bondad, sino simplemente con la forma de expresión. El hombre de ciudad y las gentes del campo confluimos en un interés común, que, enriquecía el diálogo, proyectaba los deseos de cada uno hacia más útil y enriquecedor el contacto. Huyendo también de paternalismos he intentado comprenderlo, sin asumir lo que no me correspondían como el propio Miguel Delibes en su amistoso diálogo con todos y cada uno de los protagonistas que podían

haberse multiplicado por cien.

La realidad de Castilla es compleja, como en el fondo la realidad de todo el país y las contradicciones entre conservadurismo y progresismo cerrazón y apertura, curiosidad por saber e ignorancia, coexisten. Negarlo de forma maniquea no sería justo y Miguel Delibes que ama profundamente a estas gentes, tampoco las santifica o proclama. Las hace expresarse desde su realidad, desde su verdad, y es éste el mayor homenaje posible.

La realidad de Castilla se desprende global e inequívoca, en el paisaje y en la humanidad del conjunto de estos hombres representativos que monologan sobre aquello que constituye o constituyó para ellos su parcela de vitalidad encardinada en la realidad de todos los días. Yo los conozco y los siento igualmente, casi con el mismo cariño de Miguel Delibes y ojalá también con su agudeza que penetra más allá de las significaciones individuales para encuadrar el conjunto de esta Castilla de hoy, tan distinta de la que plasmaran los intelectuales del pasado.

3. LENGUAJE HABLADO Y ESCRITO

Si hubiera que realizar uno de esos estudios semánticos o de lectura de textos, que aborrezco, la tarea del lingüista sería francamente difícil. La belleza del lenguaje es tan evidente como su pluralidad. Que Miguel Delibes es uno de los más perfectos cinceladores del castellano es cosa sabida, pero que también el Sr. Florencio, Tati Herrero, el señor Luis, Jesús García Acebes, el Listeza, Julián Sánchez Chico, Angel Mena, Don Heraclio Sáenz, etc., sean tan perfectos decidores parece más difícil de creer. ¿Transfigura Miguel Delibes el lenguaje ajeno? Si eso hiciera, su mérito sería mayor, puesto que dentro del contexto general los matices de cada uno de los personajes son diferentes. No, Miguel Delibes no imita, tampoco simplemente transcribe. Con fidelidad y sabiduría estructura, desde su discurso, el discurso de todas estas criaturas reales que

parecen nacidas de la mente del escritor en un proceso de simbiosis de la ficcionalidad y el documento.

Sí, estos personajes y tantos otros hablan así. Los he escuchado, agricultores, ganaderos, alguaciles de los Ayuntamientos, viejecillos que toman el sol en las plazas. También los he visto irritados empuñando las cachabas y sin sentirse, afortunadamente oprimidos por el señorito de la ciudad o por el funcionario que podía jugar con sus propiedades. He visto y escuchado y discutido con muchos de ellos, todos diferentes, unos nobles y bien intencionados y, otros buscando más o menos sinuosamente un posible beneficio, y desde una austeridad en ocasiones seca y cortante, el habla, el decir ha surgido espontáneo, natural, sin contaminación. Y he aprendido palabras, no sólo en las muchas y hermosas que surgen en este libro, sino también en mis charlas, en mis contactos profesionales que eran también amistosos. ¿Qué mejor definición que a una tierra que produce con generosidad llamarla «amorosa»? Quizá se trate de una pantheísta relación con la tierra la que confiera esta sencillez en el decir, esta riqueza de léxico que nutre, casi más bien nutría el discurso de todos los días. El habla y la tierra, a veces esta última como una especie de mano de hierro que doblaba voluntades o conductas, son algo esencial de esa realidad de Castilla que Miguel expresa desde su autenticidad sin halago.

4. EL FUTURO

Para mí, y desde estas desordenadas impresiones que intentan integrar dos experiencias casi paralelas, la del escritor y sus personajes y sus vivencias trascendidas a lo universal, la mía concreta y reducida de mi contacto cotidiano, lo más importante de este libro es lo que nos presenta como proyección de futuro. Están sí, las viejas cosas cuya desaparición se marca en la tristeza de lo que no va a volver, el libro las conserva en sus páginas y ya nunca, desde este y otras imágenes serán olvidadas, pero también el mundo abierto de la vida rural a un

futuro digno y enriquecedor que multiplique los rendimientos del trabajo, las posibilidades de que estos hombres accedan a todo aquello que les ha sido vedado durante siglos, a la comunicación más sincera con los ciudadanos de aquí y de fuera. Miguel Delibes se ha declarado escéptico y pesimista. Pienso que mientras conserve un adarme de amor por cualquiera de estos hombres, la esperanza existe. «Castilla habla» es optimista, no desde el chisporroteo del necio, sino desde la medida de las cosas que van surgiendo y que en el libro mismo se reflejan más o menos directamente.

«Castilla habla» es una visión de futuro desde la referencia al pasado y el testimonio del presente. Así lo entiendo como también he entendido que este contacto directo, duro a veces, natural y espontáneo al final, con los hombres del campo nos ofrece una dimensión envidiable. Y a mis compañeros que han estado y que muchos siguen en la brecha hay que felicitarlos por haber conseguido lo que pocos: Haber contribuido a pie de tierra con palabra y gesto encontrados, pisando terrones, charlando en un páramo o discutiendo en cualquier despacho de un Ayuntamiento desvinculado a esa visión de futuro en la que Castilla habla y debe hablar.

Volviendo la vista atrás con el escritor, una etapa importante de mi vida se ha transformado, pero lo cierto es que estos años que me han enseñado a comprender la tierra y sus hombres no se borrarán nunca de mí, como tampoco estos personajes de toda la obra delibiana, hechos carne y hueso a la vez que mito, desaparecerán del testimonio de estos tiempos. «Castilla habla» es un libro indispensable para los que de alguna forma sienten la necesidad de buscar esta simbiosis entre naturaleza y cultura. Para mí, aparte del placer de su lectura ha sido el punto de partida para poder agradecer desde estas líneas a toda la gente de los pueblos de Castilla, a todos mis compañeros en el trabajo, ese suplemento de riqueza que de forma absoluta y emocionada, me enorgullezco en poseer.

FERNANDO HERRERO



etras

MD

La voz de Castilla

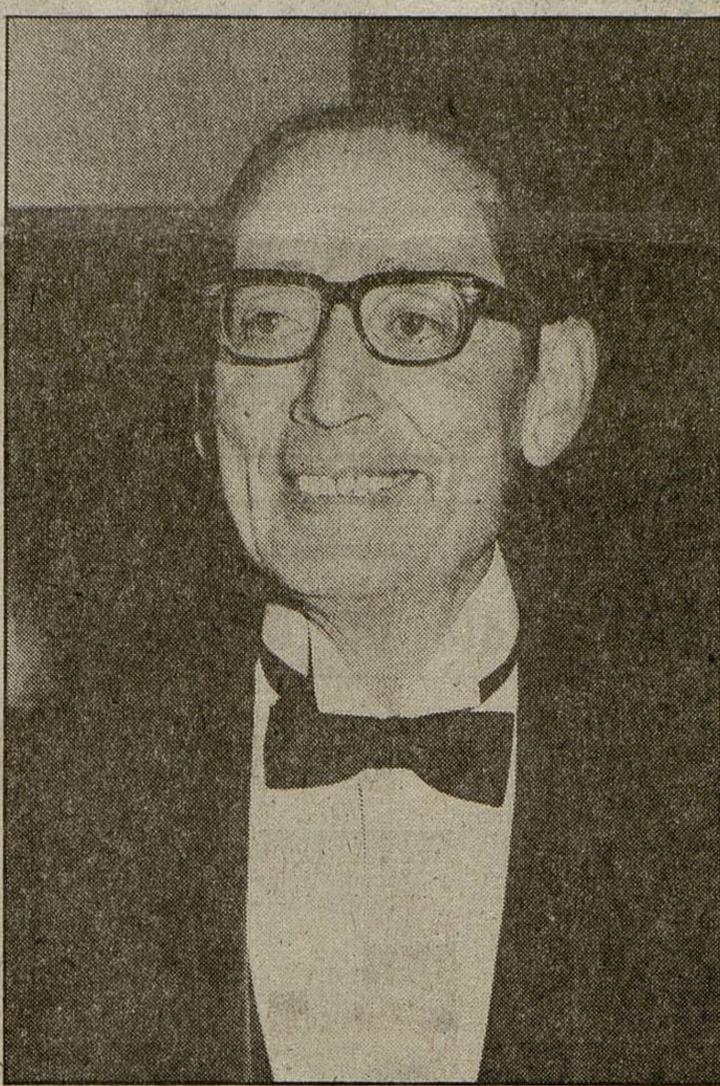
(«Castilla habla», de Miguel Delibes)

José Luis Bartolomé

Viendo cómo va el mundo hoy, Miguel Delibes puede jactarse de haber acertado. Tenía razón. Las ideas defendidas por él durante toda su vida y que forman la columna vertebral de su obra, es decir, estas ideas que hoy llamaríamos, para entendernos, ecologistas (en Delibes hay también muchas cosas más, claro) que defienden la pureza de la naturaleza y exaltan la vida sin artificios del hombre natural, no sólo no han envejecido, sino que nos parecen cada día más actuales. A cada año que pasa, nos damos cuenta del riesgo que corremos. Si no se halla un remedio, el hombre acabará destruyendo la naturaleza y quién sabe si el mundo todo.

Los libros de Delibes, novelas o no, son libros nostálgicos, que evocan un paraíso perdido, pero la nostalgia del autor no es un sentimiento indeterminado sin localización en el mapa; la suya es la nostalgia del campo castellano y de sus hombres. Ahora, en la cumbre de su carrera, cuando recibe honores y premios, con su último libro «Castilla habla» vuelve a este asunto capital en su obra.

No sé exactamente cómo catalogar este interesante y cordial libro. No es «un estudio científico», como dice su autor, pero se le parece algo. No es, tampoco, una novela. Es un libro en el que, como su título indica, Miguel Delibes ha recogido la voz del campo castellano



Miguel Delibes

con el explícito propósito, según nos indica en su breve prólogo, de preparar el futuro de la región. Pero hay que advertir que la voz de las personas de carne y hueso que aquí nos hablan tiene el inconfundible estilo de Delibes y su habitual pureza de lengua. Digamos, pues, para definir «Castilla habla» que es un libro de encuestas elaborado artísticamente por Miguel Delibes, pero que, a pesar de lo dicho por él, tiene casi exactitud científica. Tiene, por lo menos, la veracidad de un documento auténtico. Delibes ha conseguido con este libro algo bastante difícil: escribir un buen libro, amenó y que se lee de un tirón y confeccionar, al mismo tiempo, un muy serio informe sobre la región castellana.

Los que hayan visto la reciente película «El disputado voto del señor Cayo» reconocerán en seguida en este libro el ambiente típico de su autor. A lo largo de las páginas de «Castilla habla» vamos a conocer a personas que tienen oficios raros y llamados a desaparecer: a Pepe, «el Cepero», que caza conejos con cepe; al «Listezas», que fue cazador de avutardas; a un molinero; a las «oreras», que son mujeres que buscan oro en el Sil; a un capador; al alimañero; al alfarero. Trabamos conocimiento con estas personas que, pronto, la corriente del progreso, o de lo que llamamos hoy progreso, pronto arrojará a un triste alojamiento suburbano de la gran ciudad. Otros personajes encarnan problemas colectivos: la sequía, el envejecimiento de los pueblos e incluso el petróleo. «No fue por estas tierras el bíblico jardín». Esto lo escribió Machado de Soria, pero es casi igual.

La visión que tiene Delibes de su tierra nativa no es la literaria y libresca de Azorín o Baroja. Delibes se ha pateado Castilla de arriba abajo con la escopeta al hombro o como turista. Su visión es mucho más humana y también, lógicamente, está más acertada al momento actual, pero es igualmente pesimista. El autor no dice nada en su libro y permanece discretamente en segundo plano, pero el lector saca sus consecuencias.

El porvenir de Castilla, si nos atenemos a lo que aquí se nos cuenta en tan buen castellano, es muy oscuro.

En una biografía de Delibes, publicada hace unos años, dice Francisco Umbral algo muy exacto de su biografiado, que es lo siguiente: Delibes no cae en los peligros del localismo por una razón muy sencilla: porque Delibes siempre, con consecuencia que le honra, siempre se ha colocado del lado del pueblo que sufre. Esto da a sus libros un tono universal. El dolor es el sentimiento más genéricamente humano y el más conocido en todas partes. Este libro, localista como todos los suyos, es, pues, en el sentido dicho, no sólo un libro sobre Castilla y sus problemas agrarios y económicos, sino también un diagnóstico general sobre nuestra época. Los castellanos de Delibes tienen su problemas propios (que desearíamos ver resueltos) y, además, los que conciernen a su desnuda condición de hombres. Los primeros parece que pueden tener solución (el libro está escrito, precisamente, para que alguien, leyéndolo, las busque). Los problemas generales del mundo se nos antojan casi irresolubles (esta es una conclusión propia). El progreso no empuja al hombre, como Rousseau sostenía, pero lo destruye y destruye a la naturaleza. Aquí, en «Castilla habla» se nos describe la desaparición de especies enteras y esto no es sólo un asunto castellano. Ya no hay caracoles ni cangrejos ni conejos. ¿Habrá dentro de pocos años pájaros y árboles? ¿Serán los gorriones tan raros como las avutardas de Tierra de Campos? El libro, como se ve, plantea muy graves problemas con gran sencillez y es como una llamada a la conciencia colectiva, castellana y de todos. Escuchemos esta voz que nos habla. Démonos cuenta del peligro que nos acecha e intentemos, entre todos, atajarlo antes de que sea demasiado tarde.

«Castilla habla», de Miguel Delibes. Ediciones Destino, colección «Ancora y Delfín», volumen 598, Barcelona, primera edición, octubre de 1986.

El valor del silencio

FRANCISCO JAVIER MARTIN ABRIL

Cuando Miguel Delibes me envía uno de sus libros dedicado, suele decirme lo mismo. Que no me considere obligado a hacer nada, que ya sabe él que no me gusta escribir sobre libros. En esta ocasión, no me considero obligado por el buen amigo y excelente compañero Miguel, sino por el libro «Castilla habla», que no he leído de un tirón, sino que he ido picando aquí y allá, en ocasiones porque el libro lo estaba leyendo Alicia, mi mujer, y no sé qué me daba decirle que me lo dejase. Hubiera sido una falta de educación. La educación —no hace falta decir la buena educación— ha de existir también entre los cónyuges; en nuestro caso casados por la Iglesia, como Dios nos manda a los creyentes, aunque seamos respetuosos con los que no piensan como nosotros.

Estoy seguro de que Miguel Delibes se quejará de que en estos días se está escribiendo demasiado sobre su reciente libro y sobre la personalidad del novelista. ¡Y se está escribiendo siempre bien, con elogio! ¡Si alguien le diera un palo! Que parece que era lo que le gustaba a Bernard Shaw, y por eso decía que siempre es interesante que se hable de uno, aunque sea bien. Vamos, que lo verdaderamente interesante sería que alguien hablase mal de nosotros. Quiérese decir de Miguel Delibes.

¿Por qué título así, «El valor del silencio», esta pequeña crónica, para aludir a un libro de mucho hablar? ¿Para llevar la contraria al narrador? No, por favor, no. Es que en el capítulo XVI, titulado «La Trapa», habla un monje que empieza su discurso de la siguiente manera: «Entre los monjes sigue en

vigor el valor del silencio, aunque la norma ha cambiado un poco. Recuerdo que cuando yo llegué aquí, hace veintidós años, se usaban todavía las señas, el lenguaje gestual. Aquel silencio no tiene ya para nosotros ningún valor. Yo no creo quebrantar la norma del silencio si pido la azada a un compañero.» El monje va contando las horas de sus días y de sus noches.

¿Es éste un libro que puede abrirse por cualquier parte sin que pase nada, sin que perdamos el aire, la atmósfera, el clima, la temperatura y la psicología de nuestra castilla espléndida y áspera, como dijera Camille Mauclair? En efecto, así es. Si así os parece o aunque no os parezca.

Lo que me llama poderosamente la atención de este libro, que es como un conjunto de breves novelas, muy pegadas a la realidad, pero transfigurada ésta por el escritor, es la gran verdad de la parla de los campesinos. Parece que los estamos escuchando. Ahí está el secreto, que quizá me revele algún día Miguel Delibes, aunque no lo creo. Esas largas parrafadas, sin interrupción, son una delicia de lenguaje espontáneo, rico, expresivo, que hemos oído muchas veces en los pueblos de nuestra Castilla; yo, sobre todo, en la Tierra de Campos.

¿Labor de magnetófono? No sé, no sé. Considero imposible grabar de seguido estos «preciosos» y «preciados» discursos de cada personaje. Preciosos, preciados y precisos. La magia del escritor es sencillamente fascinante. ¿Hablan las figuras? Sí. ¿Habla Miguel Delibes? He aquí un lenguaje que

tiene marcha, ritmo, compás, filigrana de melodía y armonía de sinfonía. Supongo que Miguel se sonreirá y terminará por exclamar: «¡Este Pacorris!» Que es como suele llamarme Miguel. En cambio, la inolvidable Angeles, me llamaba Francisco. ¡Qué bien recuerdo el timbre de su voz!

Nos demuestra Miguel Delibes, además, que es un gran periodista, porque no deja nada ni a la improvisación ni a la aproximación. Tantas fanegas. Tantos kilómetros. Tantas pesetas. Se ve que ha sabido escudriñar con el escáner del periodista escrupuloso. Y en todo momento, crear un ambiente, un frío o un calor, un vientecillo o un perfume de cocinas de paja.

No es fácil armar un libro así. A mí me parece muy difícil. Una muy ardua tarea. Estamos en presencia de una obra de arte redonda, refinadamente perfilada y con muchos mensajes, como se dice ahora. Antaño se hubiese dicho «moralejas». Esto de la «moraleja» no me ha gustado nunca. No me ha gustado —ya se entiende— la palabra.

Cuando Baudelaire envía a Arsene Houssaye el manuscrito de su obra «Pequeños poemas en prosa», le dice que nadie podrá decir sin injusticia que el libro no tiene cola ni cabeza, ya que, por el contrario, todo en ella es a la vez cabeza y cola, alternativa y recíprocamente. «Podemos cortar por donde queremos: yo, mi divagación; usted, el manuscrito, y el lector, la lectura.» Mas volveremos a «Castilla habla» y advertiremos que un hilo magnéticamente esotérico une todos los relatos. Y ya me callo. El valor del silencio.



"Nte" - 7.XII-86

LIBROS**Castilla sola**

El escritor vallisoletano Miguel Delibes acaba de poner una vez más voz a Castilla para que la use, y él mismo ha entrado en diálogo con lo castellano, con sus esencias que han empedrado las plazas solitarias, con los pinares y los pastores, con los hombres que conocen las respuestas de las tierras donde nacieron y se criaron, en suma, con todos a los que no les ampara la capa oficial y deben guarecerse de las nubes bajo sus sayales raídos. Castilla y los castellanos se nos hacen presentes en «Castilla, habla», de Delibes, editado por Ediciones Destino.

La Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, continuando en el común castellano, pero desplazándonos a otra Comunidad Autónoma, ha publicado recientemente los libros galardonados con los premios Castilla-La Mancha en las modalidades de novela, poesía y teatro correspondientes a 1985. En el apartado escénico compartieron galardón Antonio Martínez Ballesteros y Teófilo Calle por sus obras tituladas «Camila, mi amor» y «Las cometas», respectivamente, mientras que el premio de novela se otorgaba a «Sota de copas, reina de espadas», original de Carolina-Dafne Alonso-Cortés, y el



de poesía se concedió a Federico Gallego Ripoll por su libro «Escrito en no», que nos dice: «Se acumula la ausencia / hasta tapiar el aire. / Nadie viene a quitar este polvo de no verte / que me ciega. / Nadie sacude las alfombras / ni borra tus polabios del borde de mi copa.»

EDICIONES MIGUEL DELIBES





«Castilla habla» por Delibes

R CARLOS GALAN LORES

ESULTA gratificante encontrarse con un libro como «Castilla habla», precisamente en unos tiempos en que nuestras palabras y expresiones más castizas llevan camino de quedar arrumbadas en el baúl de la arqueología. No solamente lo castizo, sino esas palabras que llamaría Unamuno terruñeras y que anidan en lo más hondo del alma castellana. Y no es tanto lo que significan cuanto lo que representan como tradición barrida por la modernidad de los tiempos. Ya resulta difícil que un estudiante distinga una calandria de otra ave, o que acierte con el contenido de que los trigos encañen, o sepa la utilidad del azor, y tantos otros ejemplos como podrían aducirse. Releer las entrañables páginas de «Castilla habla» es reencontrarse con un mundo que, seducidos por la trivialidad de los medios de comunicación, se nos antoja condena-

do a muerte sin indulto posible.

Se diría que el mérito del libro habría que repartirlo por igual entre el autor y sus personajes. Porque Miguel Delibes aparenta limitarse a provocar las confidencias de viejos castellanos que nos hablan de sus cosas. Los unos hablarán sobre los cultivos, nuevos o viejos: el girasol, el trigo, la patata. Otros opinarán sobre la paloma o la avutarda, los caracoles o los gallos. Habrá quien nos cuente cómo se dan las setas o lo necesario que es el agua, del despoblamiento de tantos lugares, de quienes resisten al señuelo de la ciudad o de quienes, hastiados de ésta, regresan al campo. El autor, aparentemente, se limita a transcribir las confesiones de unos y otros.

Castilla, engradecida

Sin embargo, hay más, mucho más, como contribución de Miguel Delibes. Primeramente des-

taca el amor con que se acerca a esa Castilla que es más suya que nunca. Una Castilla más sola y más pobre que nunca, pero engrandecida desde su misma humildad. La selección de presuntos entrevistados está realizada para cubrir un amplio campo de problemas y dedicaciones, de esperanzas y desesperanzas, de aspiraciones e inquietudes. Y, aunque produzcan impresión de espontaneidad, hay una labor de ordenamiento del material, despojándolo de elementos inútiles para entregar al lector lo más esencial.

El resultado es un bello libro, con el regusto de esa Castilla eterna, con todo su encanto, pero también con todo su patetismo. Es como si Miguel Delibes quisiera lanzar un grito pidiendo ayuda para evitar que se nos muera del todo. Al servicio de esa causa pone Delibes su mejor castellano en la presentación de los tipos. No necesita demorarse porque le bastan unos cuantos

rasgos, precisos y firmes, para caracterizarlos. Lo vemos por esa seca geografía porque hemos conocido a otros como ellos. El lector recorre guiado por mano firme las andanzas de Pepe el Cepero en su puesta de cepos, al Listezas en su conocimiento de la avutarda, de Miguel el «hippy» resolviendo los problemas que los anteriores ya tienen resueltos. Y tantos otros. Están hechos de la misma madera que el señor Cayo, que el Nini, que Paco el Bajo...

Pueblos y gentes que desaparecen, profesiones para el recuerdo, testimonio de lo que, al parecer, se extingue. Como Sedano: «¿Sedano dentro de veinte años? Como siga así, nada, oiga; pero nada de nada». Para el lector, un remanso semejante al que muchos encuentran en La Trapa en esta tersura del castellano más puro.

«Castilla habla», de Miguel Delibes. Ediciones Destino. Barcelona, 1986.

«Alerta»; Dic. 86



El castellano de Delibes

P

RECISA-
MENTE

cuando estaba a punto de concluir la golosa lectura de «Castilla habla», el último libro de Miguel Delibes, escuché en una emisión televisiva a Soledad Salinas, que ejerce la docencia del idioma español en una universidad norteamericana, tras haberla ejercido en bastantes, y que señaló el interés que entre los estudiantes norteamericanos de español despierta Miguel Delibes. Aventuro, por mi parte, la posibilidad de que ese interés, al parecer tan creciente como intenso, pueda no ser novelesco, aunque sí literario y, fundamentalmente, idiomático, y pido perdón por esa división ya que de sobra sé que la personalidad de Delibes es una. Pero también sé, por propia experiencia lectora, que esa personalidad indivisible abarca sin esfuerzo esos matices. Y que incluso alguno de ellos puede perjudicar a los otros, al menos a la hora de satisfacer a los lectores, incluidos los más fieles.

Puede que el próximo libro de Delibes me haga modificar esta opinión que a continuación concreto: en cuanto novelista, el interés de Delibes ha sido más bien corto, tal vez porque su capacidad de fabulación nunca fue muy extensa y se agotó hace varias novelas, después de fracasar relativamente en sus intentos de superar unos límites muy precisos, dentro de los cuales todavía escribe novelas que, más por su carácter de crónicas depuradas literariamente y el trazado vigoroso de un único personaje bien estudiado y presentado más en su lenguaje que en sus pasiones, son capaces de resultar interesantes, dentro de una categoría especial. Tal sucedió con el señor Cayo, tan injustamente tratado cinematográficamente, mientras que, por el contrario, el cine magnificó y ahondó y recreó los personajes de «Los santos inocentes», novelísticamente reclusos en la cárcel demagógica de cierto romanticismo agrario disfrazado de regeneracionismo folletinesco. Los más fieles y constantes lectores de Delibes solemos eludir la incursión penosa en la moda



del realismo mágico que quería ser «Parábola de un naufrago», compaginado con la repentina resurrección tardía de ciertas corrientes centroeuropeas de entreguerras, porque allí ni siquiera podíamos encontrar el gozo y la golosina del lenguaje de Delibes. Y tampoco su aburrida participación en lo que pudiéramos llamar «erotismo ambiente» que suponen sus «Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso», pese a que, por lo menos, sí disponían de esa precisión del castellano usual, traspuesto y elevado a la categoría de bella arte, que Delibes domina avasalladoramente.

Decía, hace ya no sé cuantos renglones atrás, que me explico el interés de los estudiantes de español en las universidades norteamericanas, porque difícilmente se encontraría un escritor con la capacidad notarial de

Delibes para, respetando el lenguaje castellano que todavía se habla, aunque no en los ambientes urbanos contagiados de la enfermedad infantil del cosmopolitismo que desemboca en un lenguaje hablado tan impuro como reducido y falto de interés. Ese talento para recoger literariamente el lenguaje de diario, sin vestirlo de casticismo forzoso, conservando su riqueza y su variedad incluso de acentos, la oportuna caracterización de quien habla mediante la feliz trasposición de una metáfora tan real como perfectamente conservada, hacen de la literatura de Delibes un placer inagotable, precisamente porque no hay en ella ni falseamiento costumbrista ni pretensiones arqueológicas, por así decir. Naturalmente, la alegría de encontrar vivo un lenguaje literario que se corresponde con un lenguaje hablado, han

de suponer para esos estudiantes de un idioma ajeno una alegría que tiene que producir interés, tanto más cuanto, como Soledad Salinas manifestó, el español que pueden encontrar en otras fuentes no tiene la pureza del castellano de Delibes. (Y verán que, adrede además, planteo esa académica diferencia entre castellano y español que descubriera y potenciara generosamente Amado Alonso: desde luego, el castellano de Delibes es español, pero mantenido en sus fuentes geográficas de manantial más claro y más rico, no anquilosado sino evolucionado, nada castizo sino bien vivo. Y lo que es mejor, vigente.) Por supuesto, todo ello tiene el mayor interés docente, además de otros encadenados. Interés docente e interés práctico, porque acaso el lenguaje poético resulte más enriquecedor si ha produci-

do verdadera creación de lenguaje, pero el lenguaje de Delibes, que no es creador, parece serlo a fuerza de exactitud. Como aquel que dice, Delibes no bautiza vocablos, sino que los confirma, como un obispo radicado en Sedano que realiza muchas visitas pastorales por los pueblos castellanos para recoger y recordar palabras precisas para nombrar el paisaje, las gentes, los oficios, el vivir.

Ya digo que la lectura de «Castilla habla», y en el mismo idioma que, por fortuna, todavía lucha en mi pequeño rincón contra la nefasta influencia de los «mass media» de la confusión, ha sido para mí una golosina y una cura. Estas pequeñas crónicas, que pueden haber sido parcialmente inventadas pero que, si así fuera, consiguen que la ficción sea realidad, atestiguan a un escritor formidable, precisamente porque llama a las cosas por su nombre y sabe los nombres de las cosas, y no recurre a las imágenes ni a las aproximaciones. Y lo mismo confirma el nombre que se va perdiendo de un apero a punto de abandono que distingue, nombrándolos, materiales humanos, de los animales domésticos, de los árboles, de las yerbas, de las flores, de las tierras, de las rocas. Delibes alza su personalidad de obispo del castellano —y ya me doy cuenta de que me estoy regodeando con una imagen puede que infeliz— sobre una sabiduría socarrona pero enteriza que le sitúa cerca de Josep Plá, de quien tan distante está idiomáticamente, incluso por modo obligatorio, y en una línea azoriniana, mucho más cordial que en el antecedente, demasiado seco y un punto pasado de precisión. Evidentemente, no es Azorín un término comparativo que a Delibes pueda agraderle, pero «Castilla habla» tiene, lingüísticamente, muchos puntos de contacto con «Salvadora de Olbena», una novela de Azorín tan flaca de interés novelesco como ahita de gusto por mostrar el nombre de trebejos y trastos domésticos, que sin perderse ellos habían perdido su nombre en la indigencia idiomática que nos aqueja.

Indigencia que, por supuesto, Miguel Delibes no padece y que nos enseña a curarnos a sus lectores, con un prodigioso castellano hablado que sabe dejar que siga hablando en lo que escribe. Y ese es un favor que nunca le agradeceremos bastante.

Cratés DE MADRID

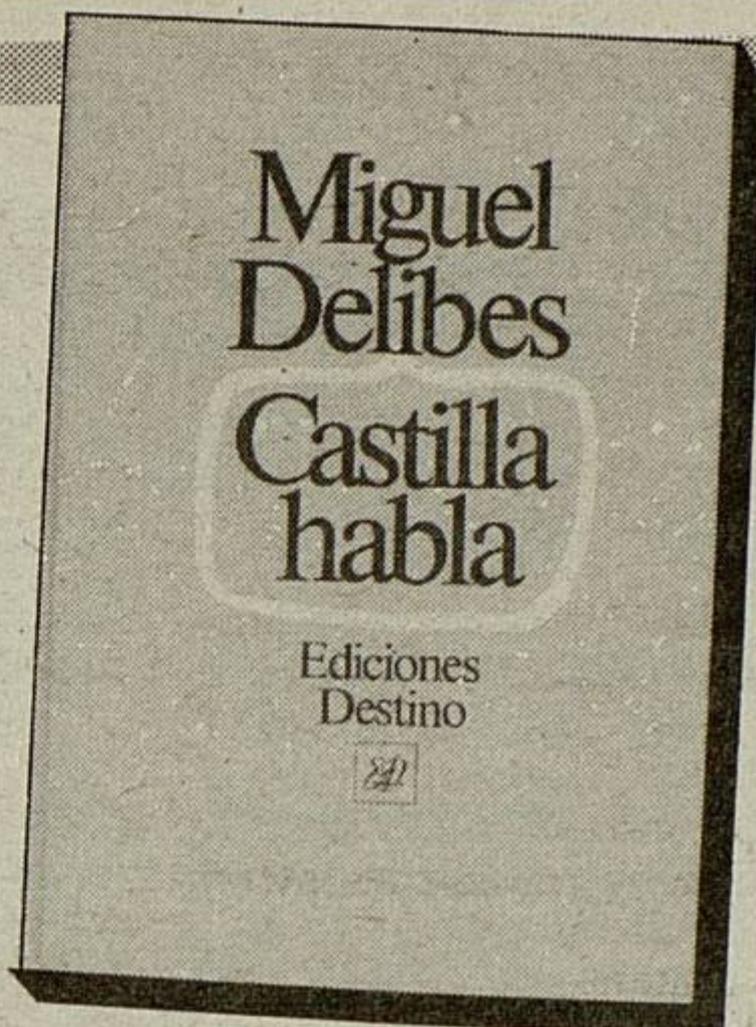
Delibes, sinécdoque de Castilla

Algo pasa cuando uno, sin dedicación plena en lectura y menos en crítica (o mejor reflexión) literaria, tiene que ocuparse cada poco de Miguel Delibes. Por su obra o por la de aquellos que le estudian. Miguel Delibes anda cada dos por tres en estas páginas.

En lo último que he leído de Miguel Delibes (1), éste da un paso más en su conversión en paisaje. En paisaje castellano. En sinécdoque de su entorno vital.

Recuperando su fibra periodística (hay quienes nos educamos con *El norte bajo el brazo*), el reportero se adentra en su espacio social y practica el espléndido ejercicio de la pregunta. No se trata de entrevistas, que suelen contar con un personaje cargado de méritos, sino de una especie de encuesta sobre lo que, sin dejar de cometer una aberración político-lingüístico-administrativa, denominamos Castilla-León.

En el libro, Delibes se sacude el complejo, que otros no hemos superado, de la fusión de Castilla y León en una sola comunidad autónoma y asume con la misma *castellanía* las preocupaciones de las buscadoras de oro en el Sil, allá donde el Bierzo se hace pizarra que las de un genuino representante del «tenesse» de la Lora, ese riachuelo escuálido del petróleo nacional, lección, otra más, de Mr. Marshall; las de Mariano Sastre, que vive entre los pinares que tan bien desdibuja en la niebla Ricardo Duque, o de Pepe el Cepero, que rueda con sus trampas por Salamanca.



No es que uno se crea, a estas alturas del curso, que estos personajes hacen y dicen así, que aunque buena gente, son casi siempre iletrados. Lo que pasa es que Miguel Delibes está tan dentro de su paisaje, tan dentro de esos atormentados surcos de la cara de un campesino de Vela Zanetti (a quien le dedica el libro), que se confunde como un tropo con ellos.

Enmendando la plana a sus entrevistados, tamizando su expresión en un ejercicio de conservación culta, Delibes encuentra un módulo expresivo de una sencillez apabullante, de una pureza total.

Además, la cercanía con Castilla (y León) transmite una emoción *noventayochista* a sus excursos, no necesariamente pesimista en muchos casos, pero sí preocupada. No podía ser menos, no estoy de acuerdo con él en su apelación para Tierra de Campos de los riegos de Riaño. Digamos que me extraña en Delibes, todo tierra, todo paisaje, ecólogo nato, una opción categórica. Quizá en sus viajes no llegó tan arriba y no lo vio como es. Me encantaría acompañarle esta primavera a recorrerlo.

● **Hernando F. CALLEJA**

(1) *Castilla habla*. Miguel Delibes. Ediciones Destino. Colección *Anкора y Delfín*. Barcelona 1985.

EL LIBRO DEL DÍA

Miguel
Delibes
Castilla
hablaEdiciones
Destino*Crónica
castellana*

Miguel Valverde

CALIFICACION: ★★★

MIGUEL Delibes, el cronista, recorre pueblos, aldeas y parajes de Castilla y León, entrevistando a todas aquellas personas que configuran el ser castellano para plasmar en «*Castilla habla*» los problemas de la, en otra hora, poderosa y hoy humilde Castilla.

Como el autor de «*Aún es de día*» señala en el prólogo, no se trata de una novela, ni tampoco de un trabajo científico, sino de una crónica de Castilla, no desprovista, sin embargo, de una cierta poesía cual es la belleza del lenguaje rural, que el autor ha tenido la fortuna de respetar para dicha del amante del castellano.

Esta vez los personajes sí son reales. El labrador, las oreanas, el pastor, el molinero, el canaricultor... se extienden sobre el mundo que ellos bien conocen a través de la maravillosa prosa de *Delibes* en amenos y cortos capítulos, formando un libro espléndido que explica la individualidad de muchos de los personajes que llenan la obra de *Delibes*, cuya protesta nunca se oye, sino que están ahí, haciendo frente a los problemas, porque pertenecen a esa tierra y nunca quisieron emigrar.

La sequía, la pobreza, la extinción de las especies, el abandono oficial, la despoblación, la falta de continuidad en el oficio son problemas intrínsecos de Castilla, a los que ahora viene a sumarse la entrada de España en el Mercado Común.

«*Castilla habla*» refleja la triste realidad del mundo rural castellano que tantas veces aparece en la larga obra de *Delibes*, y así las notas de humor no consiguen ocultar el largo lamento que envuelve las páginas de este libro, en el que el autor de «*Las ratas*» escribe al dictado de sus personajes.

* «*Castilla habla*», de Miguel Delibes. Ediciones Destino. Barcelona, 1986. 187 páginas.

● Malo ★ Interesante ★★ Bueno

★★★ Muy bueno ★★★★★ Excepcional

EDITADO POR
PRENSA ESPAÑOLA
SOCIEDAD ANONIMA
16 DE FEBRERO DE 1987



ABC

REDACCION
ADMINISTRACION
TALLERES-SERRANO, 61
28006 - MADRID

FUNDADO EN 1905 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

PRIMERO fueron artículos sueltos, muchos de los cuales —no sé si todos— aparecieron en estas páginas. Ahora, el deleite espaciado de aquellas lecturas volanderas se condensa en un gozo único y continuo: Miguel Delibes ha publicado el cuadragésimo segundo de sus libros: *Castilla habla*.

Los libros de Delibes no se hacen esperar y nunca defraudan. Ha sido, desde 1947, un escritor constante y progresivo, sin pausas en su producción ni descensos en su arte. No voy a afirmar, irreflexivamente, que cada una de sus obras ha sido mejor que la anterior, pero sí quiero decir que ésta de ahora es un libro excepcional.

Y no es excepcional por nuevo, por inusitado. Ni es la primera vez que Delibes hace hablar en sus obras a los hombres del campo castellano ni la conversión de lo que podemos llamar antropología cultural en materia literaria es novedad desde que Oscar Lewis publicó sus primeros libros, allá por los años sesenta. La transcripción en crudo de la voz grabada nos brinda a los dialectólogos un excelente campo de observación, pero asimismo la recreación del lenguaje hablado sobre el texto en bruto de las cintas es perfectamente legítima para el escritor y le ofrece nuevas e insospechadas perspectivas. Conviene recordar que Delibes ha escrito incluso una novela enmarcada, *Las guerras de nuestros antepasados*, cuyo marco no es el tradicional del manuscrito que se encuentra, sino el actualísimo de la conversación grabada que se transcribe, artificio narrativo en cuyo empleo ignoro si ha sido el primero en el tiempo; en mi opinión —y hasta donde mi conocimiento alcanza— sí el mejor en la maestría y eficacia con que lo utiliza.

Español hablado y español escrito han estado siempre muy cerca y han mantenido un continuo intercambio a lo largo de los siglos. No hay en nuestro idioma ese abismo, con frecuencia insalvable, entre lengua literaria y lengua coloquial o familiar que en otros ámbitos lingüísticos existe. De ahí que el castellano primitivo se convirtiera pronto en la lengua española, incorporando a los otros dialectos románicos próximos, asimilando todo lo que era lingüísticamente válido y utilizable en los anchísimos territorios, peninsulares y ultramarinos, por donde se fue extendiendo, coloreando sus variedades con lo que, siendo propio de cada región, se siente por todos parte integrante del caudal común. Nuestra lengua literaria, se ha repetido insistentemente, es más bien una coiné, una amalgama de variedades dialectales, que un dialecto concreto elevado a ese rango, especializado en esa función, como ocurrió en Francia, por ejemplo, o en Italia, dentro de la familia neolatina.

Por eso los dialectólogos preferimos llamar español a la lengua, en toda su extensión e integridad, y castellano tan sólo a la variedad de ella que se habla hoy en el territorio de Castilla la Vieja y aun en buena parte de lo que fue el primitivo reino de León. Castellano, pues, para nosotros el de esa Castilla que habla en el libro de Delibes, desde el desfiladero de Pancorbo hasta la ribera del Sil, en el que se expresan, con propiedad y sabiduría, el labrador de Berrueces, el molinero del Arlanza, el palomero de Pozo Pedro, los alfareros de Arrabal de Portillo, el capador de Mayorga de Campos, la vieja gallera de Boñar y tantos

HABLA CASTILLA UN EXCELENTE ESPAÑOL

Ayer tarde tomó posesión de su plaza de académico de número el catedrático, lingüista y colaborador de ABC Gregorio Salvador. Su discurso de ingreso en la Real Academia versó sobre la letra «q» y le contestó, en nombre de la Corporación, el académico Manuel Alvar. Publicamos a continuación el último artículo que nos ha enviado Gregorio Salvador.

otros personajes vivos que pueblan el libro y que nos van dejando, en cada parlamento, el áspero pero inigualable sabor de la realidad.

De que no es la variedad castellana la que tiene la primacía en la consideración normativa del idioma son buena prueba las palabras, abundantes, que usan estas gentes y de las que no da noticia el *Diccionario* académico: manzanos *chamosos*, *blegar* el agua, *enverronar*, *cisclear*, *marrotar*, *corzuno*, *rebarcos*, *merulla* y muchas más. Alguna, como *retel*, se recoge en el léxico oficial como voz de Alava y *cachopo* como propia de Asturias. Y es que cualquier escritor de otra región, de España o América, que escribiera un libro similar, estaría seguramente más respaldado en su léxico campesino por el diccionario común de lo que lo está Miguel Delibes en el suyo. De pájaros tropicales, por ejemplo, suele dar cumplida noticia aquél y nuestro autor, en cambio, académico y todo, no ha logrado aún enjaular en las páginas del *Diccionario* los nombres que le da la Castilla creadora del idioma a muchas aves que vuelan por sus cielos y que él con tanta precisión conoce, mientras que allí están, a lo mejor, el nombre extremeño de esos mismos pájaros o el asturiano o el aragonés o el murciano o el de cualquier comarca de Andalucía.

Incluso la variedad interna del castellano —tema que apasionó a don Vicente García de Diego— se aprecia también en el libro. De la *sequía* habla el señor Pedro, de Tierra de Campos, en el primer capítulo; de la *seca* otro señor Pedro, en el capítulo XXIV, ya en la ribera del Orbigo. Detrás de cada una de las dos palabras se advierte además una diferente perspectiva en la consideración de esa calamidad.

No es parva lección para sociólogos esta obra y los dialectólogos nos sentimos hermanados con el autor. Esos personajes que rememoran las costumbres fenecidas, que narran las mudanzas experimentadas y que son capaces de proyectar hacia el futuro sus hondos saberes heredados, son idénticos a esos centenares de informantes que, en pueblos perdidos de España y de América, nos han instruido sobre las palabras que buscábamos, nos han orientado sobre las modalidades del

español que hablaban, nos lo han dicho con una determinada pronunciación, pero en el fondo, siempre, al descubrirnos su lengua nos descubrirían su vida y nos daban, por añadidura,

una lección de humanidad. Manuel Alvar ha escrito y va a publicar, me dice, algo sobre este libro y yo, conforme lo leía, me afirmaba en la idea de que no podía dejarlo pasar sin comentario.

Oímos constantemente frases manidas, discursos tópicos, meras repeticiones sin sentido, galimatías pedantes. Oír a estos recios hombres de la desamparada Castilla, a través de la pluma de Delibes, escuchar la voz del propio autor, es remedio aconsejable y hasta seguramente necesario para todo el que quiera orear su propia lengua, respirar una limpia brisa idiomática y reforzar sus propias defensas lingüísticas ante tanta contaminación y estolidez como ofrece el ambiente.

Gracias, querido Miguel Delibes, por todo eso que nos das en tu libro, por esos hombres tan reales que me recuerdan a otros hombres que he conocido en mi profesión. A mí me afirmó como dialectólogo un campesino de Facinas, en la provincia de Cádiz, Curro el Pilaro, que al advertir mi desazón, ante las muchas páginas de cuestionario aún sin rellenar, me dijo que no me preocupara —«no ze dezinquiete»— porque todas aquellas palabras que yo necesitaba las tenía él en la cabeza y cada una iría tirando de la que tuviera que tirar —«jalar», decía él—. Esto era exactamente, formulado de otro modo, el principio básico de la teoría de Saussure, la lengua como un sistema solidario de signos mutuamente relacionados, y tal coincidencia entre el sabio ginebrino y el analfabeto gaditano me dio a mí mucha seguridad en o que estaba haciendo.

Y recuerdo a otro de mis informantes, don Pablito Cortés, un indio de Tamazunchale, en la Huasteca potosina, que me contó una tarde, sentado a la puerta de su jacal, que había sido canoero en su juventud, cuando todavía no había carreteras y bajaban el café hasta Tampico por el río Pánuco, remontado luego a fuerza de brazo, con las canoas repletas de mercancías que cargaban en aquel puerto. Me lo contaba con palabras tan hermosas, tan clásicas, tan castellanas, que yo no pude por menos de alabarle la precisión de su lenguaje. Y él me dijo entonces: «Acá se habla harto buen español.»

Buen español se habla en América, en cualquier lugar escondido o casi inaccesible. Los colombianos, por ejemplo, reivindican la primacía en el buen uso del idioma. Y, en España, los andaluces, que fueron los primeros en competir a la par, literariamente, con los castellanos, han tenido siempre a gala la riqueza de su léxico y la corrección de su sintaxis. ¿Qué se le deja ya a Castilla, si no es el haberle dado nombre a la lengua? Y, cuando éste se utiliza, más ánimo existe de achicarla que de entenderla en toda su dimensión. Por otra parte, llamándole castellano al español, se le niega su esencia dialectal al actual castellano, su propia y peculiar personalidad dentro del conjunto de variedades idiomáticas.

Tu libro, Miguel, viene a poner las cosas en su sitio y eso es lo que quiero agradecer, como lingüista, y lo que me hace valorar *Castilla habla* como una obra excepcional. Queda en ella absolutamente claro que, hablando castellano, habla Castilla un excelente español.

Gregorio SALVADOR
de la Real Academia Española

LA MAYOR COLECCION DE
**ALFOMBRAS
PERSAS Y
ORIENTALES**

Ante el éxito obtenido en la exposición celebrada en el Hotel Wellington, continuamos la venta hasta el día 23 en:

BADI P.º Pintor
Rosales, 10
Tel. 241 90 88

AMORRE HASTA EL 50%

FUNDACION MIGUEL DELIBES



Esa Castilla desconocida

Delibes vuelve a poner el dedo en la llaga, ya que de Castilla no está nunca todo dicho. Este nuevo libro se compone de 32 coloquios que nos hacen ver y comprender una Castilla desconocida. El hombre que va andando solo por el campo remueve con el bastón la tierra seca y en su frente hay una nube. Ha recorrido los pequeños pueblos que se van hundiendo en el suelo pardo, despoblados, como así se indica en el texto. Delibes piensa en la sequía, en la pobreza del campo, en el abandono oficial. Habla con el molinero, los labradores, con el pastor, el capador y el alimañero. En definitiva, unas páginas patéticas dictadas a Delibes por un arcángel furioso en una prosa bellísima e inigualable, para que Castilla hable.

Muchos de los capítulos no serán ajenos al cazador, habida cuenta que la caza es una de las pasiones del escritor; así el cepero, la avutarda en Tierra de Campos, los palomares y el alimañero son términos desmenuzados concienzudamente y su problemática analizada con el característico ojo crítico de Delibes. En otros pasajes del libro, sin ser aludidos directamente, la caza y su entorno natural siempre vienen magistralmente a colación: el agua, la despoblación, los pinares, el encinar, las setas y el pastor son temas presentes en las conversaciones entre cazadores.

Castilla habla, Miguel Delibes, Ediciones Destino, Colección Ancora y Delfín, Barcelona, 1986.



Paisaje y paisanos

Castilla habla

Miguel Delibes. Destino. Barcelona, 1986. 190 páginas. 1.200 pesetas.

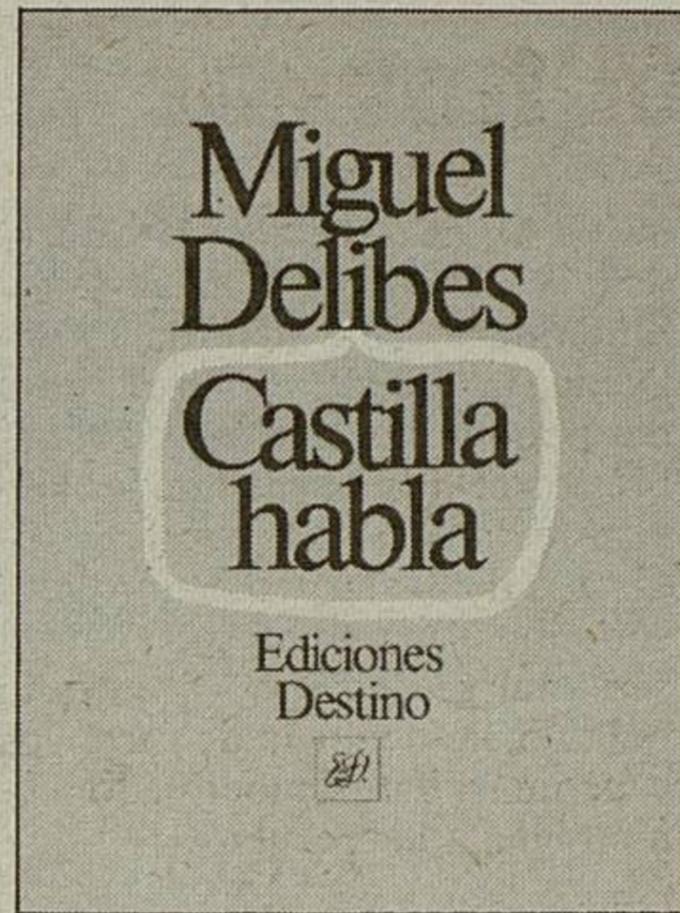
R. C.
Castilla depende del cielo. Ésta es una frase tan repetida que casi constituye un lugar común, pero estremece pensar que sigue siendo todavía cierta a estas alturas. Miguel Delibes se ha echado otra vez al camino, a recorrer los pueblos y paisajes de esa alta Castilla que constituye la columna vertebral de su obra entera. Con su admirable, serena y emocionada prosa, el gran narrador vallisoletano cede en esta ocasión la palabra a sus paisanos, y lo que antes era un largo monólogo se convierte en una sucesión de diálogos —o de monólogos también, dada la contención del cronista—, en una polifonía de voces que van desgranando una vez más los avatares y metamorfosis de la sempiterna tragedia caste-

llana: la sequía, la pobreza, el sacrificio y la resignación. Pero, eso sí, también la severidad, el íntimo orgullo, la dignidad y la cultura por encima de todas las adversidades.

Los cantores de Castilla suelen ser estetas —Azorín es el mejor ejemplo— porque la suelen cantar desde fuera. Delibes la canta, o mejor la describe, desde el interior, y su visión, sin abandonar un ápice de su rigor estético, es fundamentalmente moral, ética y cultural.

Tierra maltratada

Castilla es una tierra bastante maltratada en nuestros días de autonomías y triunfo de las periferias, como si esta tierra asombrosa y sacrificada hubiera sido la culpable de todos los males patrios. ¿Por qué se habla de centralismo cuando se habla de Castilla, o al revés, en una operación de mendacidad intelectual



absoluta? ¿Es que ha habido otra tierra peor tratada que Castilla por el propio centralismo nacional, de tantos y tan diversos orígenes? Castilla no es Madrid y, entre otras cosas, Madrid nunca ha sido Madrid excepto en sus aspectos menos políticos y más populares. No es que Castilla sea inocente, pero su culpabilidad es la misma que la gallega, la vasca, la andaluza o la catalana. Y su

sacrificio, en gran medida, superior. ¹⁷

Las voces que Delibes nos transmite con su incomparable prosa son campesinas, claro está; se trata de cazadores, molineros, buscadoras de oro, agricultores, pastores, capadores, galleros, monjes de la Trapa, alimañeros y criadores de canarios. Hasta el petróleo de La Lora, o las comunas de *hippies* en busca de la felicidad perdida, o los problemas que plantea el ingreso en el Mercado Común, son expuestos por Delibes a través de los asombrosos monólogos de sus protagonistas. Son 32 entrevistas que, sin embargo, parecen otros tantos relatos, donde resplandece el amor a su tierra, a su naturaleza sobria, donde el retrato socioeconómico se convierte en verdadera poesía. El especial ecologismo del escritor, su íntima rebeldía contra la sociedad de consumo y sus excepcionales dotes de paisajista brillan en este libro, del que su autor lamenta que sea una elegía. Pero en el que parece tocarse la eternidad.

MD

"Le Pain", 25 Marzo 87

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES
Miguel Delibes

5 abril

EL PAIS

Miguel Yuste, 40. 28037 Madrid. ☎ (91) 754 38 00. Télex: 42187 / Zona Franca. Sector B, calle D. 08004 P
 Hurtado de Amézaga, 1, 1º A. 48008 Bilbao. ☎ (94) 444 57 00 / Paseo de las Delicias, 1, 2º D. 41001 Sevilla. ☎ (954) 22 33 78. Télex: 7306
 Depósitos legales: M. 14951-1976 y B. 35294-1982. © PRISA, Madrid, 1987. Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en
 ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier o

LA **E**LIPSE

Cela

FRANCISCO UMBRAL

Al gran Camilo José Cela, escritor a cuya participación en beneficios me he apuntado siempre, le han dado —ya se sabe— el premio Príncipe de Asturias. Dejando aparte la mecánica celeste de los premios, ya analizada cruentamente por este periódico, todo ello nos da ocasión para repetir una vez más, no sólo que CJC es el creador de castellano más importante surgido en medio siglo, sino que la Historia imita a la literatura como la naturaleza al arte, ya que la escritura por sí misma, propugnada en silencio por Cela desde los crudelísimos 40, es hoy actualidad postnovísima. Los escritores españoles actuales (de creación) se producen en tres apartados, a saber:

Los que redactan.

Los que redactan mal.

Los que redactan en castellano pensando en inglés.

Y así no se hace una literatura propia, claro. (No es tan importante hacerla "propia" como hacerla *colonizada*, cosa grave). A estas alturas de la Liga, ya estamos de vuelta de que Agatha Ruiz de la Prada no hace la moda para embellecer a nadie, sino la moda por la moda: es la postmodernidad. Antes, se suponía que la moda de las mujeres tenía por función atraer a los hombres. Hoy estamos en la verdad: la moda por la moda, la moda que sólo remite a sí misma. Ortega habló de El Escorial como "el esfuerzo homenajeándose a sí mismo", e igual fórmula repite hablando de Proust: la memoria homenajeándose a sí misma. Cela, desde siempre, es el castellano homenajeándose a sí mismo. Asistimos hoy al final de los *finés*. Advenido el crepúsculo de los fines, la postmodernidad son los medios. Y resulta que la literatura siempre fue un fin en sí misma, no un medio para explicar el tercermundismo agrario o la escasez de los badulaques urbanos.



EL PAIS

Camilo José Cela.

No se queda por tener razón (Lope no la tenía), sino por escribir bien. Para conocer la realidad sociológica están los informes del Gobierno y los partidos políticos, los debates sobre el estado de la nación (mejor distanciados en la radio del taxi) y las mociones de censura de Hernández Mancha (mejor distanciadas en la crónica de maestro Haro). Casi todos los escritores españoles escriben de derecha a izquierda, como si fueran zurdos o tontos. Quiero decir que primero se proponen demostrar una cosa y, cuando creen haberla demostrado, florilegian un poco la prosa sobrante, para la crítica formal. Sólo Cela, Delibes y pocos más escriben de izquierda a derecha, que es lo normal: escriben para escribir y dejan que las cosas

se demuestren solas. Cela nos ha demostrado España y Miguel nos ha demostrado Castilla mejor que todo el 98, y a la viceversa del 98. Reconocer públicamente, mediante premio, a CJC, es una tautología, pero es también una manera de darle la razón a los tiempos, de Roland Barthes a Luis Antonio de Villena: se escribe para escribir y no hay que darle más vueltas. Las lecturas que le haga luego el personal a lo bien escrito pueden ser múltiples, docentes, decentes, indecentes, adocenadas, inteligentes, éticas, estéticas y hasta literarias. Pero sólo CJC ha mantenido en medio siglo esta fe en la prosa (que es mucho más que la prosa, claro), lo que le hace hoy un postnovísimo yaciado en las formas. Lástima que no se deje coleta.

Vidas menudas de Castilla

Por Manuel Alvar

Manuel Alvar (Benicarló, Castellón, 1923) ha sido catedrático en Granada y en la actualidad lo es de Historia de la Lengua Española de la Universidad Complutense de Madrid. Académico de la Real Española, es autor de numerosos trabajos lingüísticos y literarios, habiendo creado los Atlas lingüísticos del español. Es Premio Nacional de Literatura.

Estamos acostumbrados a la clasificación de manual. Aquí esto, ahí eso, allí aquello. O con pronombres personales yo soy, tú eres, él es. Pero la comodidad no quiere decir acierto. El novelista, sin dejar de serlo, puede merecer otros títulos. Diría más: es necesario que los tenga si quiere ser un buen novelista. Porque el novelista escribe historias y esas historias —si dan en el clavo— son algo más que la vida de un personaje. Sutil y debatida cuestión: Unamuno dio un corte de estilete y puso a un lado las circunstancias y al otro las descarnadas historias de pasión. Habían nacido las «nivolas». ¿Acierto? ¿Desacierto? Si la fórmula fuera ésta, todo el mundo leería las novelas de Unamuno, y nadie las lee. Fue el dictamen de Baroja, pero don Pío tenía su técnica y era comprensible que las otras no le gustaran. Lo que no quiere decir que el diagnóstico fuera cierto. Miguel Delibes ha hecho algo de lo que preconizó Unamuno: ha reunido un manojito de circunstancias externas (paisajes, quehaceres, gentes que narran) y ha creado un libro. Apasionante donde los haya, dramático como el que más de los suyos, angustioso con un reverdecir de ansias españolas. Pero lo ha hecho por un procedimiento distinto que Unamuno: para don Miguel, *Niebla, Nada menos que todo un hombre, San Manuel Bueno*, estaban en un platillo de la balanza; *Andanzas y visiones españolas, Por tierras de Portugal y España, Paisajes del alma* (o como él lo hubiera bautizado), en el otro. Miguel Delibes procede de modo distinto: tras habernos dado una buena gavilla de novelas, unas más tradicionales y otras menos, nos regala un libro que no es novela, ni historia de pasión, ni paisaje y que, sin embargo, es un libro de andanzas y visiones, de sociología y de psicología, de antropología y de dialectología. Algo que hará feliz a más de uno de hoy que no vacilará en colgarle un marbete pedante y volterreo (si ambas cosas no son una sola y, además, mutuamente solidarias): interdisciplinar. Volviera sobre esto, pero quiero no dejar suelto ningún cabo: Delibes nos da el sustento de muchas de sus páginas contando estas vidas con las que se ha cruzado o a las que ha buscado con deliberación, que todo es posible y todo lícito, si lo que se logra es un libro como éste. Muchas de estas páginas podrían estar en *Los santos inocentes*, o en la *Parábola del naufrago*, o en *El disputado voto del señor Cayo*, o en los *Diarios*, o en otra serie de «oes» que silencio para ahorrar tiempo, aunque guarde las mil páginas que ha dedicado a cazadores, pescadores, tramperos y otros personajes que viven en y de la naturaleza. Salgo al paso: esto no es un «carnet» de escritor como los que conocemos al uso, y alguno, como el de W. Somerset Maugham, gozó de buenas andanzas por la España de los cincuenta y que, en cierto modo, se relacionarían mejor con ciertas páginas de *Por esos mundos, Un año de mi vida o USA y yo*. Salvemos lo mucho que hay que salvar, pero nos valga la referencia aproximativa. *Castilla habla* es una frondosa támara desgajada del árbol de las novelas, pero he dicho que es un libro apasionante, dramático y angustioso. Y, si añadiera cuanto creo, tendría por mermaidas esas caracterizaciones, pues para mí es mucho más que todo ello, según podremos ir deduciendo de la triple andadura que me he marcado.

Porque la pasión está en el amor que el hombre Delibes pone en las criaturas a las que trata y en los paisajes que describe. Sin que-

rer ha caído en la tesis hegeliana: «en el mundo, sin pasión no se hace nada grande». Delibes ha buscado esas criaturas para transmitirnoslas y, a través de sus pequeñas o grandes peripecias, nos ha dado la visión del mundo. Nos asalta el 98: la única forma de entender la historia universal es encerrarse en una minúscula aldea; las cosas, en su puesto, cobran su total sentido. No hay grandezas ni miserias; la lejanía se inicia en el valor absoluto al que llamamos relatividad.

La intrahistoria

El libro es la intrahistoria de esta Castilla por la que el señor Miguel —como respetuosamente lo llama más de una de aquellas criaturas— camina al paio de recuas y molineros, de trapenses y capadores, de caracoles y colmeneros. Son hombres y mujeres que nacen, crecen, aman y un día se mueren sin dejar ni voces ni gritos, si estas páginas no hubieran existido. Ya tenemos el por qué de la pasión, y el por qué de este libro es más de lo que he dicho en mi primer planteamiento: la pasión nos ha llevado al hombre y el hombre a la historia. Y vuelvo al 98: no hay Historia, sino historias. Aquellas criaturas que se van ensartando por el sutil hilillo del amor, juntas, mantienen su insobornable independencia, pero yuxtapuestas constituyen una página grande de historia o una página de la Historia grande. Como en esas novelas —y Delibes ahora no la ha querido escribir— en que un personaje ocupa sólo dos páginas del relato, pero se une a otras dos independientes y éstas a otras y éstas a otras, y así hasta que entre los dedos no tenemos la estampa más o menos costumbrista, sino la vida total de una gran ciudad en un momento determinado. Técnica novelística o cinematográfica o sociológica. Sin pretenderlo y en esa aparente —y cierta— objetividad, lo que se ha hecho es lisa y llanamente historia verdadera, la más difícil de todas, porque no se ha escrito con ira, sino con amor hacia los pobres seres de los que nadie suele acordarse y de los que ningún provecho podrá conseguirse. Pero basta con lo que el cronista, andariego, cazador o lo que sea, arroja ambostada tras ambostada: ciencia de amor. Lo demás se le da por añadidura.

Un día, en el verano de 1972, nos reunimos en Málaga novelistas y críticos. Miguel Angel Asturias empezó así su contribución: «Vamos a tratar del aporte, o aportes, de la novela y del uso de sus materiales por la ciencia, que, esta vez, pond atención, no va a manejar hechos, sino ficciones». Acaso no podamos decir que ésta es una idea totalmente nueva; más aún, ni siquiera hace falta que lo sea. Porque el lugar común vale por ser experiencia repetida o, si se prefiere, la reiteración de unas constantes que de puro repetidas hace que se admitan sin discusión. Porque —tal vez— no tienen la posibilidad de ser discutidas. Mil veces se ha estudiado la sociedad en las obras de Lope o de Cervantes, la política en el teatro de Corneille o el valor social de los sermones. Ciento que podemos ver estas mismas cosas en los relatos novelescos; más aún, en ellas (o en la oración literaria, para no pecar de cicateros) aprendemos mil cosas que la Historia no nos dice o que se silencia porque padecieron los avatares gentes que poco pesaron sobre la grama. ¿Y no es lo mismo lo que nos denuncia un viejo cuadro? *Los santos inocentes* o *El disputado voto del señor Cayo* más de una vez alimentarán a los libros de sociología o a los de historia actual, como han servido ya para conocer procesos lingüísticos que de otro modo no conoceríamos. Y estas páginas de *Castilla habla* son, antes que nada, intrahistoria o, digamos con menos arrequives libresco, vidas menudas sobre las que se proyecta la Historia y que la sustentan. Remacho: Unamuno separó hombres de paisajes y trazó las dos andaduras disidentes; Delibes, tan adelante su tarea de creador,

ha desgajado sus ramas y ha creado un libro que podría evocar técnicas novelescas (las vidas que se pueden unir en un momento y que luego se disocian, los retazos vividos que se seldan en la vida colectiva), pero que, al ser treinta y dos improntas sin conexión, nos permiten asomarnos a esa colección de vidas sorprendidas en un solo momento, el que el autor ha creído que mejor lo caracterizaba, y lo que era un cuadro ha pasado a ser sinfonía acabadada. ¡Cuán lejos del costumbrismo! Aquí la verdad de cada tipo y su presencia en la tierra que lo cobija. Pero aún no sabemos lo que es este libro, mas lo cercamos con nuestros tanteos.

He dicho que es también un libro dramático, incluso reduciendo la palabra a lo que es teoría teatral. Comentando *L'essence du théâtre*, de Henri Gouhier, Gaston Baty escribió palabras que ahora nos convienen: «Tout ce qui est, est matière dramatique [...] Il ne s'agit pas de parler de tout cela, mais de rendre tout cela "sensible"». La visión que Delibes nos da de Castilla convierte a su materia en criatura sensible. (Luego volveré sobre ese «hablar» del narrador.) Criatura sensible para nosotros, sensible en sí misma. Es la Castilla real que conocemos y que, en su pobreza y en su sobriedad, amamos apasionadamente.

El mito de Saturno

La Castilla que hace a sus hombres y los devora porque ninguna otra cosa tiene para sí: el mito de Saturno actualizado y redivivo, cierto y veraz, como las palabras que sirven para narrarlo. Y, sin embargo, no estamos ante unas pinturas negras. Recuerdo el viaje memorable de Emile Verhaeren y Dario de Regoyos: llegaban a los pueblos cuando el lubricán se había tendido y todo cuanto acertaban a ver eran lobregueces y tétricos fantasmas; tampoco es la visión de Solana, con sus gentes zafias y los chafarrinones de las ferias pueblerinas. No. Esta es una Castilla que carece de recetas para que salga la España negra; es la vida, lisa y llanamente, la vida como es: llena de ternura, si encarta encontrarnos con el señor Luis y la señora Victoria; pedante, si se nos tercia Salvador de la Viuda; respetuosa, si cuadra José Delfín Val; o astuta, si se llama Florencio López. Podríamos seguir enumerando posibilidades. Que baste con éstas: la imagen de la vida, que por ser sensible nos acomoda a una realidad que pinta cómoda o incierta, pero a la que no podemos condicionar con nuestros propios deseos. Y que, además, rebasa cada una de esas contingencias ocasionales para darnos una visión total de lo que es, por encima de la posibilidad de cada uno de sus hijos. El dramatismo se ha logrado con sólo contar unas verdades que no nos dejan indiferentes, porque no podemos ser insensibles a la condición del hombre; gentes que viven sus peripecias cotidianas en un medio hostil al que domeñan o en el que sucumben, sin la posibilidad de evasión. Aquellas gentes que un día buscaron su fortuna en la otra banda del mar o en la evasión celeste por encima de los berrocales. ¿Y hoy? Ya no hay América que descubrir y, alevosamente, les han cercenado las alas de la fe. Desazona la sed del señor Pedro, y los conejos que ya no tiene Pepe el Cepero, y la ruina de Dario Espinosa, y el vencimiento de Eusebio el Listezas. ¿Para qué seguir? No cabe el gesto altivo de jugarse la vida a una sola carta, sino el heroísmo de vivir la penuria de cada momento intentando salir adelante con un viejo molino de caz y rodezoño o con la esperanza dorada de los girasoles. Leyendo el libro de Delibes, uno piensa en la grandeza perdida, pero piensa también en esa grandeza de no desertar, ni siquiera cuando la tierra no ofrece nada a cambio. Ciento que por aquí no pasan capitanes como Luis de Oñate, o Vázquez Coronado, o Gaspar de Villagrán; por estas tierras de santos y de cantos hace mucho que no se siente el leve peso de las sandalias carne-

litas, pero Rubén diría que a un presidente de Estados Unidos no se le puede cantar con los mismos versos que a Hellogáballo, y tenía razón.

Lo decía al principio: éste es un libro angustioso, con un reverdecir de ansias españolas. Ya no extraña mi tercer postulado. Corolario y consecuencia de lo que he comentado. Yo diría que es un libro noventayochista. Algo así como un salto atrás en nuestra historia, porque la vida de España no es un seguro caminar, sino un incierto andar y desandar. Acaba el siglo XX y sentimos en nuestros pulso el latir disconforme de hace un siglo o las preocupaciones acuciantes que desazonaban a nuestros mejores hombres del siglo XVIII. Pero una vez que se puede apostar por la esperanza, y una segunda, ¿también una tercera cuando todo marra? Miguel Delibes es un hombre castellano («Villa por villa, Valladolid de Castilla»), y al hablar de sus tierras arranca con gallardía en la primera página de su libro: «una región que en el pasado alumbró mundos y que hoy se nos muestra achacosa, mal comunicada, pagana de un incipiente desarrollo, siquiera la incomprensión periférica haya venido considerándola, en el último medio siglo, como expresión del centralismo español».

Castilla se dejó sus muertos por toda la tierra conocida. Ya sé qué dirán los hebenes de hoy, pero también ellos pertenecen a la Historia que un día los juzgará en su valle de Josafat. En la historia (con «h» o «H») no hay valores relativos y sólo cuentan las monedas de sangre, lo dijo León Felipe, que nació por las tierras que Delibes ama tanto. Y yo añadiría que un muerto en Rocroy y otro en Ceiriñola y otro en las calzadas de Tenochtitlán y otro en los hielos del Aconcagua y otro... valen más, infinitamente más, que todas las onzas de azafrán que los mercaderes puedan vender en Frankfurt. Y lo que Delibes nos da es el último retazo del heroísmo, el que, exhausto, ya no tiene fuerzas para morir de un golpe. Y, sin embargo, estas criaturas desgraciadas superan el noventayochismo del libro, porque lo superan. El narrador de hoy cuenta como sus abuelos hubieran contado, ve limpiamente lo que ellos hubieran visto y ama lo que ellos amaron. No está mal para dar continuidad a nuestra cultura. Pero se aparta de los abuelos. De ellos aprendió cuanto de bueno podía aprenderse, pero se apartó —como ha hecho en otras cosas— de lo que no le cuadraba, y es el último hombre del 98 porque su visión supera a la de todos ellos. Caracterizo, no juzgo, porque la objetividad no suele acompañar a las valoraciones.

Superación del 98

Julio Senador era un arrastre de lo peor del 98: atrabiliario, injusto; Delibes es la superación del mejor 98: amor, fidelidad. Incluso hacia el hombre, al que las gentes de fin de siglo veían como perturbador del paisaje. El narrador de hoy va más lejos: integra a las criaturas en su paisaje y las siente con ternura. Que lo digan estos treinta y dos personajes o que lo digan esas criaturas que, en sus novelas, se llaman Azarías, Tomás, Pacifico, el Tiñoso, Daniel, la Vitor o de mil otros modos. El hombre se ha integrado en un paisaje al que hace y por el que es hecho. Castilla sin sus hombres ya no es Castilla, ni los hombres son nada sin el ambiente que va alrededor de cada uno de ellos. Y, para que nada falte, la protesta contra los politiquillos de tres al cuarto, tan suficientes como hoy hace cien años, como hace más de doscientos, y el pobre pueblo que paga la codicia de unos, la ignorancia de otros y la estupidez de los demás.

Nos vamos aproximando a lo que son estas páginas. Creo que con lo dicho, que no es poco, nos acercamos a los problemas que podrían caracterizarlas. Con menos palabras que

Viene de la página anterior



TINO GATAGAN

yo lo dijo el autor: «Este libro no es una novela, pero tampoco un estudio científico, apoyado en datos y estadísticas, sino algo a mi juicio más elocuente: un libro vivo donde la realidad castellana nos es expuesta por sus propios protagonistas, los más humildes vecinos de nuestros pueblos y aldeas.» Recojamos el hilo que dejamos suelto en el cajejo: páginas atrás he hablado de interdisciplinaridad, horrenda palabra que no cabe ni en un octosílabo. Digamos, puesto que el libro no es un libro científico, que esos más de treinta relatos participan de lo que la vida es: complejidad, diversidad, múltiples quehaceres y mil formas de hablar. Pero aquí se me plantean nuevos problemas. Delibes dice que no tiene estadísticas ni datos, y yo pregunto: ¿para qué? La certeza no la necesita: esos pueblos en ruinas, esas especies desaparecidas, esas gentes que sólo esperan la dalla de la muerte, ¿serían más o menos porque tuviéramos unos números? En el siglo XVIII, siglo que nos ha preocupado, Georges-Louis Leclerc, Comte de Buffon, lo había dicho en el primer discurso de su *Historia Natural*: «En las ciencias abstractas se va de definición en definición; en las ciencias reales se camina de observación en observación. En las primeras se llega a la evidencia; en las últimas, a la certeza». Si nos acogemos a estas especulaciones estamos en una certeza obtenida por esas mil observaciones, pero éste es un proceder científico, y al plantear esta cuestión de forma no puedo sustraerme de lo que es mi propio quehacer. No porque sea mío, sino porque a él ha llegado la sabiduría de los demás.

Una visión nueva

Llego al final, pero tengo que volver al principio: ¿qué es este libro? Para quien lo lea sin otra preocupación que la de leer, una visión nueva de Castilla; para quien sea historiador de la literatura, el arte de novelar para crear estructuras superadas desde fragmentos caleidoscópico o la disociación del relato en historias individuales y ambientes acogedores; para el dialectólogo, una colección de encuestas dirigidas con sus buenas dosis de palabras y cosas; para un lexicógrafo, un venero riquísimo de palabras vivas; para un sociólogo, el

testimonio de la realidad desde la perspectiva del «sujeto»; para un etnólogo, la información detallada de unas cuantas parcelas del mundo; para un psicólogo, el alma individual como reflejo de conductas colectivas; para uno... Basta ya. Alguien dirá que éste es un libro extraño, y tendrá razón, porque la verdad es más sorprendente que las ficciones que podemos inventar; por eso es un libro apasionante y de lectura ansiosa. Acaso el sagaz de Bernard Shaw tenía razón cuando decía que la verdad es la cosa más divertida del mundo. Tenía razón, aunque no apuntara a este blanco.

Este es un libro veraz en cuanto a sus problemas, en cuanto a sus gentes, en cuanto a su discurso. Acaso se me diga que un necio provisto de un magnetófono podría escribir otra obra como ésta. Fácil respuesta: ni el excursionista hace arte con su cámara fotográfica, ni sabe transcribir el estudiantillo cargado con una grabadora. En uno y otro caso, y en otros muchos casos, se impone la palabra «selección»; para el artista que elimina lo superfluo y para el científico que no se pierde en caminos errados. Tal vez sea la gran lección de este libro tan fácil: haber sabido escoger para contar, y elegir para el modo de contar. Es lo que no hará nunca una máquina ni un necio. Porque, incluso para decir verdades, es necesario tener la perspectiva que da el conocimiento del corazón humano. Sencilla fórmula que vale para estas hojas: el hombre, su verdad, la maestría del narrador.

Así es muy fácil escribir buenos libros. Y entonces acaso no están tan lejos todas las cosas que hemos visto mezcladas y que, deliberadamente, he mezclado con otras para que leyéramos con claridad. □

RESUMEN

«Castilla habla», la última obra de Miguel Delibes, no es, comenta el profesor Manuel Alvar, una novela ni una historia de pasión, ni de paisaje, sino que es un libro de andanzas y visiones, de sociología y de

psicología, de antropología y dialectología. Delibes nos da el sustento de muchas de sus páginas contando estas vidas con las que se ha cruzado o a las que ha buscado con deliberación.

Miguel Delibes

Castilla habla

Destino, Barcelona, 1986. 187 páginas.



«Castilla habla» cuando Miguel Delibes la escucha

Francisco López

La misión del novelista es captar la esencia del hombre y apresarla entre las páginas de un libro». Lo sabe bien Miguel Delibes, autor de tan precisa definición, cuando ha tratado de encardinar en su obra la identidad diferenciadora del alma y ser de Castilla, de esa castilla con minúscula grafía para los historiadores de sus imperiales grandezas. Y lo sabe bien Miguel Delibes porque su palabra y su lenguaje imprimen carácter distintivo a su discurso conceptual y estilístico.

En **Castilla habla** (1), conjunto de

encuentros y coloquios entre el autor y sus protagonistas de carne y hueso, carne y adobe, Miguel Delibes registra, en toda su patética realidad, el certificado de agonía de un pueblo condenado a muerte y del que sólo cabe esperar sin remedio su inminente acta de defunción. Por eso, más que una Castilla que habla es una Castilla que grita y nos sacude la conciencia con los últimos estertores de su existencia. De ahí que Castilla no hable desde la esperanza en este nuevo libro de Delibes, sino desde la impotencia y la contenida irritación.

Castilla habla cuando Miguel Delibes la escucha. En este sentido, el cronista nos va presentando a estos últimos naufragos de tierra adentro que, como pobladores de ausencias, disertan sobre sus faenas cotidianas, esas faenas que ya sucumben bajo el rápido e imparable proceso del desarrollo industrial. Los jóvenes, sentencia el molinero, «no quieren saber nada. Mejor dicho, quieren apretar un botón y ya está, que se lo den todo hecho». Y el molinero, que como los demás protagonistas de este libro tiene nombre propio, se da cuenta de

que el mundo se le escapa de las manos. Como se le escapa a Pepe el Cepero, Enrique Calleja, Eusebio Marcos o el viejo Darío Espinosa, habitantes de la soledad de unos pueblos en los que apenas va quedando «pueblo». ¿Qué nos queda entonces? Nos queda «un Robinsón en la montaña», el «último vecino de Huidobro» que dispone de una bella ermita románica convertida en un pajar. Lo demás, todo es «civilización» y «progreso»...

(1) «Castilla habla», Miguel Delibes. Ediciones Destino. Barcelona, 1986.



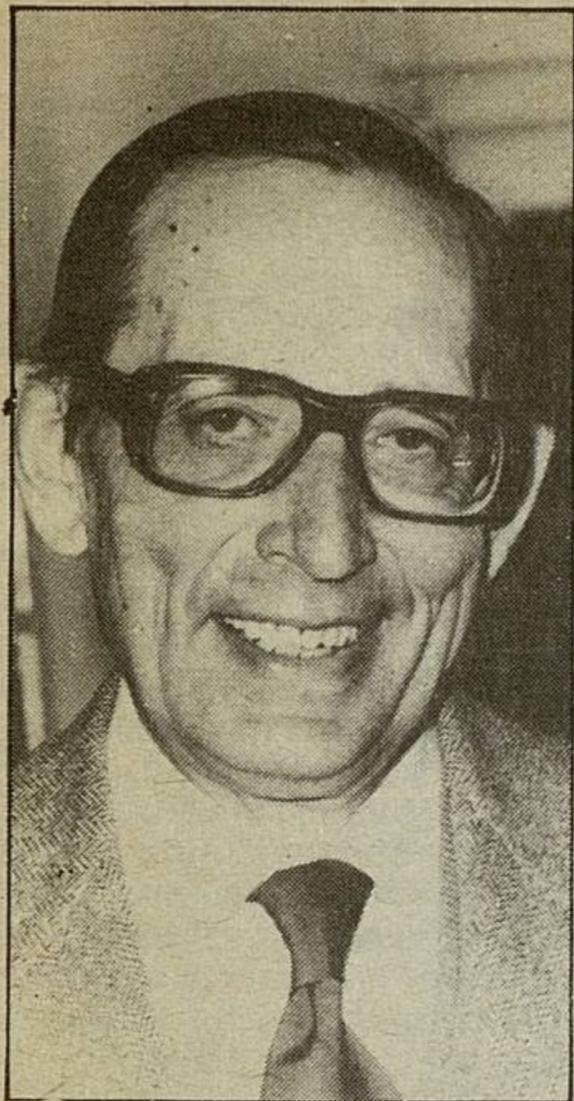
S. Miguel Delibes:

Mi muy admirado amigo:
Con cierto retraso, debido a la pérdida del original de esta glosa entre el infente material de que dispone este Suplemento (a veces la brevedad es aliada de la desdicha), le acompaño este sencillo comentario sobre su último libro.

Con mi mayor afecto, reciba mi más cordial saludo:

fw López

Paisaje humano



Miguel Delibes es el escritor que mejor ha sabido penetrar en el sentimiento de la tierra castellana.

Miguel DELIBES: **Castilla habla**, Barcelona, Destino, 1986, 190 Págs.

Pocas veces el título de un libro transmite de forma tan acertada y escueta su contenido como éste, publicado por Delibes hace unos meses. En efecto, de un lado Castilla, escenario multivoco de las obras del escritor vallisoletano, ocupa aquí el protagonismo máximo, a través de una serie de arquetipos que definen su ancestral variedad humana campesina. De otro lado, esa pluralidad de personas que configuran la genuina imagen de Castilla se manifiesta mediante el **habla**, es decir, con el uso castizo y peculiar de la lengua común, reflejado por Delibes con esa prodigiosa sensibilidad hacia el idioma castellano que preside toda su literatura.

Así pues, el autor de **El camino** se ha puesto de nuevo a recorrer las aldeas de su región, para recoger la palabra de individuos con oficios ancestrales, en trance de desaparición, y cuya presencia en estas páginas contribuirá, sin du-

da, a su inmortalidad, al menos literaria. El libro ofrece un esquema invariable: el «cronista» en cada una de las 32 deliciosas semblanzas describe con brevedad el paisaje que envuelve al personaje; a continuación cede la palabra al paisano para que dé cuenta de su vida, inquietudes, proyectos e ilusiones; al final, la pluma del viajero-escritor añade alguna puntualización al monólogo anterior.

Las voces que nos reproduce Delibes con su prosa inolvidable son ante todo campesinas: cazadores, molineros, buscadoras de oro, capadores, galleros, alimañeros, monjes de la Trapa. Aparecen también «hippies» retirados en los pueblos serranos del Norte de Burgos o trabajadores del exiguo patrleo de La Lora. En la última entrevista se escucha la desorientación de los agricultores castellanos ante la entrada en el Mercado Común: «...es que nosotros, a estas alturas, ya deberíamos saber qué quitamos y qué ponemos, qué sembramos y qué dejamos de sembrar, porque

aquí, como dice mi vecino, lo que falta es un director de orquesta» (P. 187). Sin embargo, el mayor peligro viene representado por la sociedad de consumo, por el progreso incontrolado que —según idea desarrollada por Delibes en tantos de sus libros— nos arrastra a todos a un viaje sin retorno.

Se ha configurado así un libro plural y oral, en el que destaca la admirable capacidad del autor para individualizar a los personajes mediante el lenguaje, con muletillas, giros reiterados, jergas privativas, etc.; por otro lado, de acuerdo con la máxima realista de que todo hombre lleva consigo su novela, en muchos de estos microrrelatos se percibe tal verosimilitud que no cuesta imaginar en ellos el embrión de posibles narraciones. Por último, el variado paisaje humano rescatado en **Castilla habla** nos remite a un modo de vida más entrañable, quizás menos plancentero, pero incomparablemente poético.

José Manuel
CABRALES ARTEAGA





FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

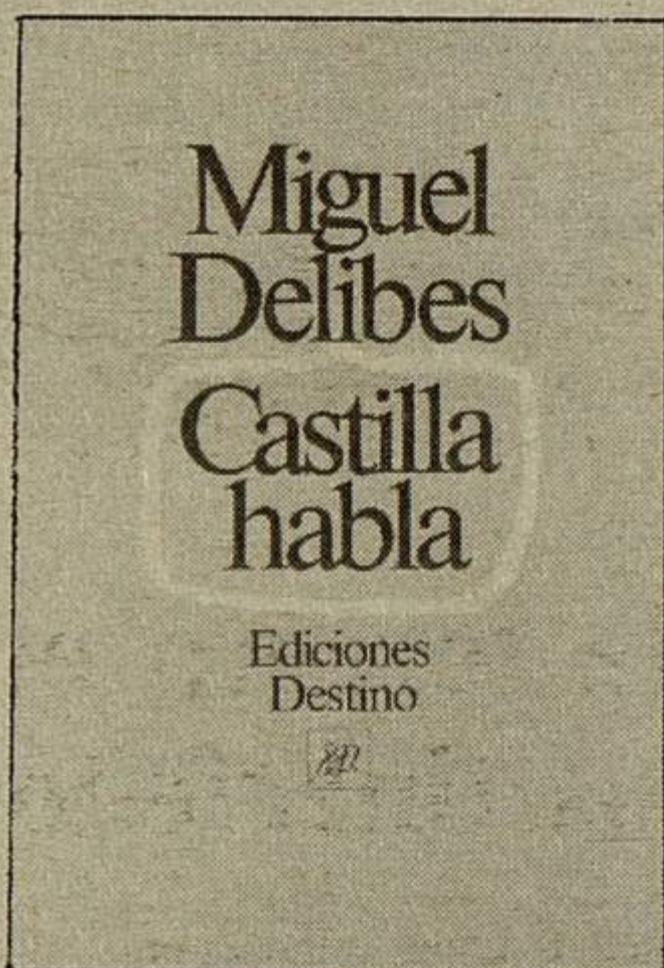
«Supervivientes de un éxodo inconcluso»

«Castilla habla», coloquios de Delibes con humildes vecinos

Tenerife.— Ediciones Destino acaba de publicar la última obra del gran escritor Miguel Delibes, titulada «Castilla habla».

En treinta y dos coloquios, el autor nos hace ver y comprender una Castilla desconocida, al amparo del dominio que posee de la lengua castellana. La soledad de sus paisajes, la pobreza y la humildad parecen hacerla mayor. Ha recorrido los pequeños pueblos que se van hundiendo en el suelo pardo, despoblado. Piensa en la sequía, en la pobreza del campo, en el abandono oficial. Habla con el molinero, con los labradores, con el pastor, el capador, los hombres encerrados en La Trapa. Las gentes se expresan como son, intacta su manera de ser y apuntan sabiamente a los ancestrales males de Castilla. El cronista piensa en Sedano, su pueblo de adopción. Cuando llegó a él hace ocho lustros, era un pueblo principal, con notaría, telégrafo, fonda y farmacia. Ahora, no queda nada de eso y apenas cien habitantes.

Miguel Delibes apunta en el prólogo: «Este libro no es una



Portada del último libro de Miguel Delibes, publicado en Ediciones Destino

novela, pero tampoco un estudio científico, apoyado en datos y estadísticas, sino algo a mi juicio más elocuente: un libro vivo donde la realidad castellana nos es expuesta por sus propios protagonistas, los más humildes vecinos de nuestros pueblos y aldeas».

MD

El libro de la semana

Castilla en carne viva en el último libro de Miguel Delibes

MANUEL CEREZALES

CASTILLA es el campo de observación y laboreo literario de Miguel Delibes. Territorio acotado geográficamente, pero ancha y profunda es Castilla como fuente de inspiración del escritor y como materia prima de novelas que han alcanzado proyección universal. Miguel Delibes ha tenido el acierto, no sé si más intuitivo que reflexivo, de no querer abandonar su ciudad ni sus límites regionales —desdeñando Madrid como plataforma de lanzamiento hacia la fama— para ir levantando, sin prisas ni largas interrupciones, una obra que ya ahora, en vida del escritor, goza de la estimación que se dispensa a los clásicos de la literatura española.

En «Castilla, habla», Miguel Delibes cede la palabra a las gentes de la tierra, «los más humildes vecinos —son palabras suyas— de nuestros pueblos y aldeas», que viven ejerciendo diversos oficios: el de labrador, el más representativo; algunos llamados a extinguirse por anacrónicos y otros que a pesar del cambio de los tiempos conservan todavía su razón de ser, todos ellos practicados como modos más bien precarios de ganarse el sustento. Sus palabras, recogidas de viva voz, trazan la imagen de Castilla en esta hora, una región empobrecida, esquilada por las pertinaces sequías, con pueblos abandonados por sus habitantes, resignados sus escasos pobladores a una decadencia progresiva. Este concierto de voces, en el que predominan las notas pesimistas, tienen más fuerza de convicción que los alegatos políticos y socioeconómicos. Delibes no ha querido escribir un ensayo sobre la actual situación de la región, que tan bien conoce, sino presentarnos una Castilla en carne viva, llamada de atención a los problemas y el estado de abandono en que se encuentra.



ANGEL DE LA RICA

Miguel Delibes ha logrado en «Castilla habla» que sean los hombres y mujeres de esta tierra los que manifiesten sin ambages sus querencias y dificultades

«Castilla, habla», documento impresionante, es fruto de un talento literario que con el paso del tiempo no ha perdido nada de su lozanía. Talento de narrador. Porque aunque no es novela ni libro de cuentos —uno de sus capítulos, «El calvario de Ahedo» vale por el mejor de los cuentos—, sólo pudo haber sido escrito por una pluma conocedora de los secretos y recursos de la creación literaria, un narrador innato y avezado constructor de relatos de ficción, que aplica su experiencia y sus métodos a estas historias en las que tanto los tipos como las cosas que suceden responden a la doble condición de personas y hechos reales al mismo tiempo que figuras literarias. Algo semejante ocurre con el lenguaje.

Dice el autor en una nota introductoria que ha procurado conservar la expresión de sus interlocutores. Se ve que es verdad, pero se ve también que merced a un

proceso de selección y transcripción literarias consigue ofrecernos páginas de belleza y riqueza de vocabulario sólo comparables a las mejores del propio Delibes. No se limita el novelista a tomar nota de las conversaciones, reducidas a monólogos, sostenidas con sus personajes. Los rodea del marco y el ambiente que les corresponde utilizando una técnica muy depurada y se queda él en un discreto segundo plano para traer a los hablantes a los primeros términos.

De las anteriores consideraciones puede colegirse que el gran escritor vallisoleño se encuentra en el momento de madurez de su vida literaria y es de esperar que siga extrayendo de los campos, los pueblos y las gentes de Castilla tipos, temas y asuntos para sus futuras novelas.

«Castilla, habla», por Miguel Delibes. Barcelona, Ediciones Destino, 1986. 187 páginas.

MIGUEL DELIBES